

CIENTOS DE PERRAULT

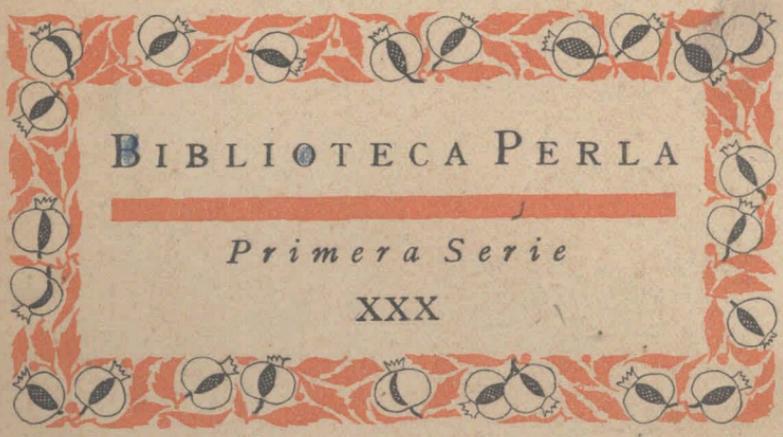


LIJ
C-PE
30

WATERING CALLED



1110
33



BIBLIOTECA PERLA



Primera Serie

XXX

TALLERES OFFSET
SAN SEBASTIÁN



*El ogro, rendido por el esfuerzo que había hecho, se sentó casual-
mente a descansar sobre aquella peña y se quedó dormido.*

20.157

año 1938

CARLOS PERRAULT

*

CUENTOS

264.50

NUEVA VERSIÓN
CASTELLANA

Ilustración de
R. PENAGOS



EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S. A.

CASA FUNDADA EL AÑO 1876

M A D R I D

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

PROPIEDAD. — DERECHOS
RESERVADOS PARA TODOS
LOS PAÍSES.

COPYRIGHT 1936 BY
ED. SATURNINO CALLEJA, S. A.
MADRID

PRINTED IN SPAIN



CARLOS PERRAULT



Nació este literato francés en París el 12 de Enero de 1628, y murió el 16 de Mayo de 1703. Hizo sus estudios en el colegio de Beauvais, pero no llegó a terminarlos, por haberse escapado de aquel centro de enseñanza en compañía de uno de sus discípulos, llamado Beaurain. Los dos siguieron reuniéndose para estudiar privadamente, y durante cuatro años leyeron la Biblia, todo Tertuliano, la Historia de Francia, Virgilio, Horacio, Tácito y la mayor parte de los clásicos.

Este desorden en los estudios y la amalgama de lecturas ejercieron poderoso influjo en su espíritu. Su primer efecto fué hacer perder a los dos estudiantes el respeto a los clásicos. Perrault, excitado por Beaurain, y sobre todo, ayudado por su notable facilidad para versificar, tradujo el libro VI de la Eneida en versos burlescos.

Escribió diferentes obras poéticas y a los veintitrés años se hizo abogado; pero sin vocación para esta carrera, entró en la Administración pública gracias al apoyo de Colbert, quien se había fijado en él para confiarle el puesto de encargado de los edificios del Estado, desde el cual pudo dispensar eficaz protección a muchos artistas de talento. En 1671 ingresó en la Academia Francesa, y por iniciativa suya las elecciones para la entrada en este Centro, que hasta entonces habían venido haciéndose de una ma-

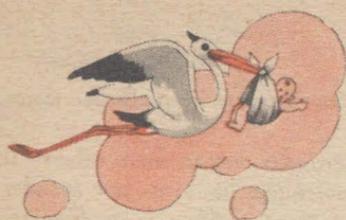
nera amistosa, se verificaron después por votación.

Pero lo que verdaderamente hizo célebre a Perrault fué la polémica literaria que sostuvo con Boileau, el famoso satírico, con Racine, Bossuet y otros ilustres escritores de la época, sobre la valía de los autores clásicos y su paralelo con los modernos. Tal vez de ahí naciese en Perrault la idea de escribir sus conocidos cuentos, porque su contradictor, Boileau, solterón recalcitrante y huérfano desde muy niño, no había gustado del placer de que su madre le contase ninguno.

La bella durmiente, Caperucita, La Cenicienta, El gato con botas, Barba Azul, Pulgarcito, ¿quién no conoce estas bellas obras maestras? Perrault las publicó con el nombre de su hijo, como si fuese éste quien las hubiese escrito.

Se ha discutido bastante acerca de si Perrault fué verdaderamente el autor de estos cuentos. Aparte de aquéllos respecto de los cuales es indudable, y no cabe desconocer su paternidad, lo más probable es que Perrault tomase el fondo de algunos de la tradición popular y se inspirase en las narraciones que todas las abuelas contaban a sus nietos al amor de la lumbre en las largas veladas del invierno. El acierto del escritor consistió, sin duda, en dar forma literaria a estas antiguas leyendas que cada cual contaba a su manera.

Perrault murió olvidado, sin sospechar que estos trabajos literarios suyos, puramente circunstanciales, habrían de ser los que le dieran fama, perpetuando su nombre a través de las futuras generaciones. Por su estilo claro, sencillo y no exento de emoción, lograron bien pronto conquistar la popularidad, que no ha disminuido con el transcurso del tiempo.



GRISÉLIDA



R.



80



GRISÉLIDA



Al pie de las montañas que circundan el pintoresco valle donde nace el caudaloso río Po, alzábase un magnífico palacio campestre, donde acostumbraba a retirarse para descansar, en época ya muy remota, un poderoso rey de aquellos tiempos. Era el lugar tan apacible, tan puros los aires, tan bello el paisaje, la paz tan profunda, que

el monarca aprovechaba todos los momentos que le dejaban libre, unas veces la guerra y siempre la gobernación de su Estado, para disfrutar allí de los encantos que generosa y pródigamente le brindaba aquel rincón de sus dominios.

No parecía sino que los cielos se habían complacido en derramar sobre el joven príncipe, los más preciados dones y las más altas virtudes. De gallarda presencia, ágil y robusto de cuerpo, era al mismo tiempo de inteligencia viva y sentimientos delicados,



que se revelaban en su mirada perspicaz, su continente varonil al par que majestuoso, y en la sonrisa dulce y serena de sus labios. Del mismo modo se destacaba en la guerra, como soldado valeroso y esforzado en el fragor de las batallas, que brillaba en las lides intelectuales, por su conocimiento de las ciencias y de las letras, y singularmente por su afición decidida hacia las bellas artes en todas sus manifestaciones.

Amaba a su pueblo con pasión, y sus súbditos le adoraban. El único móvil de sus acciones, el norte al que se dirigían todos sus afanes y cuidados era el engrandecimiento y la felicidad de

su pueblo. A conseguir tan nobles y elevados fines, había consagrado el monarca su vida entera.

Suele decirse, sin embargo, que nada ni nadie hay perfecto en este mundo, y no podía escapar a esta general sentencia el monarca de nuestro cuento. En efecto, sin causa alguna que lo justificase, era lo cierto que sentía una invencible antipatía, más aún, odio injusto, hacia las mujeres.

Juzgaba que las que no eran falsas e hipócritas, adolecían de



espíritu mezquino, frívolo e insustancial; o de genio violento, irascible y dominador, o pazguatas y necias; y todas, fatuas y presumidas. A qué obedecía esta enconada aversión, ni él mismo hubiera podido decirlo. No hay para qué añadir que permanecía soltero, y que había jurado no casarse jamás aunque le presentasen la mujer más admirable del universo; y aunque, y esto era para él lo más doloroso, no pudiera dar un heredero al trono.

Sus felices vasallos, temerosos de que la dinastía se extinguiera con él, acudieron un día al palacio en demanda de que el rey eligiera esposa. Y un hidalgo, que se preciaba de ser el mejor

orador de la comarca, tomó la palabra en nombre de la multitud y dirigiéndose al monarca, pronunció con énfasis las siguientes palabras:

— Señor: comisionado por vuestros vasallos, yo, el más humilde de ellos, vengo a suplicaros que nos hagáis la merced de elegir esposa para asegurar la sucesión al trono. Todos nos sentimos muy dichosos bajo vuestra paternal solicitud, pero considerad los riesgos a que expondríais al reino si el día en que rindáis el obligado tributo a la muerte, no nos dejáis un heredero de vuestras virtudes. Asegurando ahora vuestra sucesión, podéis educar al sucesor adiestrándole en el arte difícil del gobierno, y seguramente que con vuestras enseñanzas y vuestro ejemplo, será un digno continuador de vuestra venturosa obra.

El rey, con voz menos firme y entonada que de costumbre, contestó de esta suerte:

— Esa petición que acabáis de hacerme, hija, sin duda, del



celo que os ha traído hasta mi palacio, la estimo como una prueba clara e indudable de vuestro cariño. Me conmueve profundamente vuestra filial solicitud, y como vosotros sabéis también lo muy de veras que yo os amo, comprenderéis fácilmente cuánto deseería poder complaceros. Pero no he de ocultaros que, a mi juicio, el matrimonio es una empresa ardua y arriesgada.

Y si no, ved lo que suele ocurrir. Las doncellas, mientras permanecen en la casa paterna, todas son, o lo parecen, dóciles, sencillas y virtuosas. Pero una vez que se han casado, y libres ya de disimulos y de escrúpulos, ponen fin a la farsa, y arrojando la máscara que ya para nada les sirve, sujetan sus actos al sólo dictado de su tesón o de su capricho.

La de temperamento triste, agría aún más su carácter, y a todas horas gruñe y refunfuña. La de aspecto jovial y alegre, no piensa sino en divertirse. La que presume de culta, da en todo su opinión, venga o no a cuento, y todo lo critica y en todo se





entromete. La que es vana y presumida, arruina al marido con sus cuantiosos gastos en adornar y embellecer su persona. Aun siendo de tan diversas condiciones, todas coinciden, sin embargo, ¡cosa rara!, en imponer sus deseos al marido, haciendo que su omnímoda voluntad sea la única ley del matrimonio.

Para que veáis mi buena voluntad y mis buenos propósitos de acceder a vuestro ruego, no me opongo por sistema al matrimonio; antes al contrario, estoy dispuesto a contraerle con esta única condición: buscadme una joven linda, sin orgullo ni vanidad, dócil, paciente, abnegada y generosa; humilde y resignada. Así que la encontréis, la haré al punto mi esposa.

Y dando por terminada la audiencia, el joven monarca marchó apresuradamente a reunirse con los que ya impacientes le aguardaban para entregarse al deporte de la caza, al que todos ellos eran en extremo aficionados.

Cuando llegó al punto de cita, los alegres sonidos de las trompas y los ladridos de las jaurías alborotaban con ecos estridentes la paz solemne de la llanura. Puestos en marcha, y después de un corto galope de los caballos, surgió de entre una fron-



dosa arboleda la esbelta figura de un ciervo, que asustado en el primer momento por el estrépito, desapareció rápidamente a todo el correr de sus veloces patas, seguido de los lebreles y de los jinetes.

El rey se lanzó también en pos del animal, espoleando con brío a su cabalgadura; pero fuese por azar fortuito, o porque Dios lo tuviese así dispuesto, ello fué que, si bien tardó en advertirlo, se despistó completamente. En su ciega y desatentada carrera no se dió cuenta de que hacía ya un buen espacio de tiempo que cabalgaba enteramente solo. No oye la algazara de los perros ni el agudo son de las trompas, y se detiene extasiado a contemplar la hermosura del paisaje que le rodea. Es tan bello el panorama, tan limpio y tan puro el ambiente, que el rey celebra regocijado su casual extravío.

Al echar pie a tierra para deleitarse, admirando con detenimiento aquel paraje encantador, sus ojos se fijaron súbitamente con sin igual sorpresa en la más linda criatura que jamás, hasta entonces, habían contemplado. Recostada en el tronco de un árbol vió a una hermosísima joven, como de diez y seis abriles,



... sus ojos se fijaron en la más linda criatura que jamás, hasta entonces, habían contemplado...

que se ocupaba en hilar un copo de blanca lana, mientras un rebaño de ovejas pacía tranquilamente en torno suyo.

Su tez era fresca y pura como la nieve, y como la nieve también, de extremada blancura; sus labios, de un rojo encendido; sus pupilas, sombreadas por oscuras pestañas, parecían copiar el espléndido azul del cielo; sus facciones, de líneas correctas y delicadas. Hay en todo su conjunto y en sus movimientos tanta armonía, tal gracia sencilla al par que señoril, que de su admirable figura se desprenden un encanto indefinible y una irresistible simpatía.

El rey la mira atónito, ganado por súbito entusiasmo, y siente que en su corazón brota con ímpetu avasallador una pasión desconocida. De su pecho se escapa un hondo suspiro que turba un momento la placidez del campo. A oídos de la pastorcilla llega aquel leve rumor, y levantando sus ojos, advierte la presencia del caballero. Su rostro se tiñe de grana y sus ojos se ocultan, ruborosos, bajo las largas pestañas que les sirven de dosel. El príncipe descubre a través de aquella simpática modestia que se manifiesta como avergonzada con espontánea sencillez, una dulzura tal, una tan franca ingenuidad, que jamás hubiera pensado que existieran, a no habérselos puesto al descubierto la linda zagala.

Azorado y tembloroso avanza hacia la humilde pastorcilla, y con voz trémula, la dice:

— Entregado al placer de la caza, me he perdido en estos parajes y estoy buscando a mis compañeros; ¿los habéis visto?

— Por aquí no han pasado; pero no os apuréis. Yo os guiaré para enseñaros la salida del bosque, y seguramente los encontréis.

— Bendigo el error que me ha traído hasta aquí — repuso

el monarca — ; yo creía conocer palmo a palmo estos lugares, y resulta que hasta hoy no he conocido su gala más hermosa.

La niña no pareció advertir la galantería del príncipe, y viendo que éste se inclinaba hacia el suelo para apagar su sed en un claro arroyuelo que por allí serpeaba, le detuvo, diciendo:

— ¡Aguardad un momento, caballero!

Y corrió hacia su cabaña, de donde volvió en seguida con una tosca taza que, con ademán sencillo y lleno de gracia, ofreció al cazador. Las copas de oro y plata, las de rico cristal de Bohemia, labradas por eximios artistas, jamás tuvieron para el sediento príncipe el atractivo que aquel modesto vaso de arcilla, ni nunca gustó una bebida tan refrigerante como el agua de aquel manantial.

La zagala guía al extraviado cazador a través de rocas escarpadas, montes abruptos y fragorosos torrentes, y después de largo rato de marcha salen por una estrecha vereda al ancho camino que ha de conducirle al alcázar. Allí se despiden, él, temblando de emoción y de esperanzas a impulsos del amor de que está poseído su corazón por las gracias de la gentil pastora.

Al día siguiente el rey se siente acometido de una tristeza mortal; y no pudiendo refrenar la pasión que le inquieta, proyecta una nueva cacería. Disimuladamente abandona a sus com-





pañeros de excursión y logra hallar la escondida vereda que ha de llevarle al refugio en que habita la linda pastorcilla.

Lleno de alegría corre hacia ella, y con el alma en sus ojos, que la miran embelesados, escucha de sus labios la sencilla historia. La niña le cuenta que se llama Grisélida; que vive con su padre en una humilde cabaña, y que se alimentan de la leche y de la carne que les brinda su rebaño y de las frutas que les depara un rústico huertecillo que se extiende delante de la cabaña. Ella misma se teje sus vestidos, hilando en la rueca la lana de sus ovejas.

El monarca, enamorado no sólo de la espléndida belleza de la gentil pastora, sino aun más de la hermosura de su alma, no vacila más, ni escucha la voz de sus preocupaciones en contra del sexo femenino. Comprende que aquella humilde muchacha ha de darle la felicidad con que sueña, y convoca con urgencia a los magnates y súbditos de su reino, que le oyen con estupor expresarse de esta manera:

— Después de meditar sobre el ruego que me hicísteis no ha muchos días, he resuelto seguir vuestros consejos, y muy pronto tendré el gusto de daros el nombre de la que ha de ser mi esposa y vuestra reina. La elegiré, no entre las hijas de nación extraña ni entre las grandes damas de mi corte. Me



casaré con una joven bella y virtuosa, como lo hicieron antaño mis antepasados.

A estas breves palabras siguió una entusiasta ovación con vivas y aclamaciones. Quien más satisfecho se mostraba era el orador aquel, que, en nombre de todos, había dirigido la palabra al rey. Con vanidosa presunción y cómica arrogancia decía a quien quería escucharle:

— Esto se debe a mi discurso. Claro; como que cuando yo suelto el chorro de mi elocuencia, no hay quien pueda sustraerse a su mágico influjo.

Al hacerse pública la noticia, fué lo más gracioso los trabajos que se tomaron todas las mujeres en estado de merecer para conseguir que el rey se fijase en sus atractivos y cayese rendido a sus plantas. Como se sabía que el rey buscaba para esposa una mujer humilde y virtuosa, todas se afanaron en procurar parecerlo, vistiendo modesta y honestamente, dulcificando su carácter, humillando hipócritamente sus miradas altivas y orgullosas.

Mientras tanto, numerosos operarios trabajaban febrilmente en los preparativos de la boda. Se construyeron carrozas nuevas de gran valor y de exquisito gusto; se levantaron amplias y bien decoradas tribunas para presenciar el paso del cortejo nupcial. Bellos arcos triunfales adornaron las principales calles; los teatros ensayaban las más admirables y escogidas producciones. El palacio,

alhajado con gran primor, esperaba ya a la nueva soberana.

Amaneció, por fin, el día de la boda, que había de ser de desencanto para tantas ilusiones nacidas al calor del regio enlace. El pueblo llenaba las calles, las músicas llevaban a todas partes la animación y la alegría, y en medio del unánime regocijo una sola pregunta se escuchaba en todos los labios: ¿quién será la novia?

Organizado el cortejo, sale el rey de su palacio, y el pueblo observa con inaudita sorpresa que la comitiva atraviesa la ciudad y se dirige al inmediato bosque. Seguido de la escolta que le guarda, el rey cruza valles, praderas y arroyuelos, escala riscos y se detiene a la puerta de una humilde cabaña.

Griselida, a quien también había llegado la noticia de la regia boda, se disponía a trasladarse a la ciudad para presenciar el acontecimiento.

— ¿Adónde vais tan de prisa? — la dice el rey, mirándola con infinita ternura — Seguramente vais a una boda en la que yo soy el novio. El caso es que no se va a poder celebrar si vos no estáis presente. Porque habéis de saber que yo os adoro, y vengo a recogeros para que me acompañéis al altar.

— ¡Yo! — exclamó la linda pastorcita en el colmo de la sorpresa — No es posible. Sin duda bromeáis.

— Hablo con sinceridad — replicó el rey —.



Vuestras gracias me han cautivado, y sólo espero a que os dignéis otorgar vuestro consentimiento para considerarme el más feliz de los hombres. Únicamente quisiera imponeros una condición para que en nuestro matrimonio reine siempre la paz y la calma: que mi voluntad sea la única que impere y ordene.

— ¡Oh, eso os lo juro! — replicó vivamente Grisélida —. Aunque me casara con el mozo más pobre de la aldea, sus mandatos serían siempre órdenes para mí. ¿Cómo no he de prestaros



a vos el mismo juramento si además de mi esposo, vais a ser mi rey?

Todas las personas que acompañaban al monarca, al presenciar aquella escena quedaron prendados de la suave belleza de la linda zagala, y admiraron su gentil figura, realzada en el marco sublime de su ternura y de su simpática humildad.

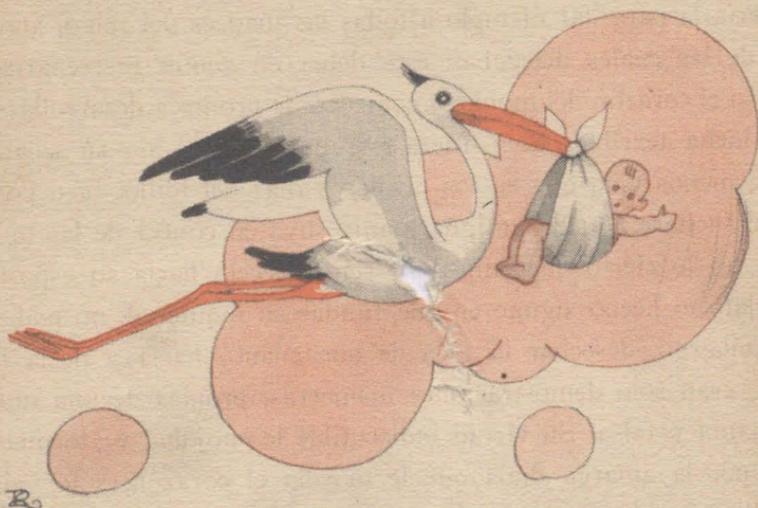
Prontamente varias doncellas y azafatas la entraron en la cabaña para vestirla el lujoso vestido de corte que ya traían preparado. En aquella más que modesta, pobre estancia, pudieron observar el orden más perfecto, no menos que la más extremada limpieza, como símbolos de las virtudes de su nueva soberana.

Cuando la hermosa zagalita salió adornada con tan valiosas galas, un grito unánime de admiración brotó de todos los espectadores. La niña estaba verdaderamente seductora. Todo son alabanzas y cumplimientos a la nueva reina; el monarca, abrumado por las felicitaciones, no trataba de reprimir su entusiasmo. Sin embargo, por un momento pareció echar de menos la casta inocencia y las sencillas ropas que la niña vestía cuando él la conociera.



En soberbia carroza de oro y marfil tomaron asiento los futuros esposos; ella, con gentil donaire y sereno continente; él, con juvenil orgullo, dichoso de verse al lado de la mujer que tanto amaba. Llegados a la ciudad, el pueblo, que los aguardaba, desconcertado y curioso, se rindió bien pronto a las gracias y a la simpatía de la muchacha, y prorrumpió en interminables vitores, aclamaciones y palmas.

Después de celebrada en el templo la nupcial ceremonia, los reyes se trasladaron a palacio para recibir el homenaje de sus fieles súbditos. La reina, en nada denotaba su humilde origen; su despierta inteligencia sabe suplir en cada caso su ignorancia de algunos detalles. Acoge a todos con tanta discreción, con tan



afable solicitud, con tan bondadosa sonrisa, que los recelos, si alguien los siente, desaparecen rápidamente, para dar paso a sentimientos de cordial estimación y de viva simpatía. El rey estaba tan admirado como envanecido.

Aquellas fiestas se hicieron famosas. El pueblo se entregó a toda clase de diversiones durante varios días, lleno de júbilo, y prometiéndose para la nación una era de bienandanzas, que seguramente habría de seguirse, como resultado de aquella venturosa unión.

Y acertó en sus predicciones. Los reyes se mostraban satisfechísimos y cada día más felices. Para colmo de venturas, al transcurrir el primer año, tuvieron un hijo. No fué varón, como ellos deseaban, sino una princesita, tan linda y tan graciosa, que sus padres sentíanse orgullosos al contemplar a aquel ángel que hermoseaba su hogar. Pasábanse las horas muertas inclinados ante la cuna, donde tranquila y candorosamente descansaba la her-

mosa niña, acariciando sus dorados rizos. La joven reina decidió criarla para dar ejemplo a todas las madres del reino, algunas de las cuales delegaban este deber en gentes mercenarias.

En el corazón del monarca comenzó de pronto a desarrollarse una lucha terrible. Bien fuera porque la llama de su cariño fuese menos viva que en los primeros días del idilio, bien porque resucitase aquella antigua manía suya en contra de las mujeres, es lo cierto que empezó a sentir recelo hacia su esposa. Sin dato ni hecho alguno en que fundar su inquietud, no podía, sin embargo, desechar la idea de que cuanto hacía y decía la reina, eran sólo demostraciones insinceras, propias de una mujer astuta y falsa. Su virtud indiscutible le enojaba, y atormentado por la amarga duda que le mordía el corazón, sólo veía en ella falsedades y mentiras hipócritas.

Considerándose incapaz de desechar la innoble sugestión, de-



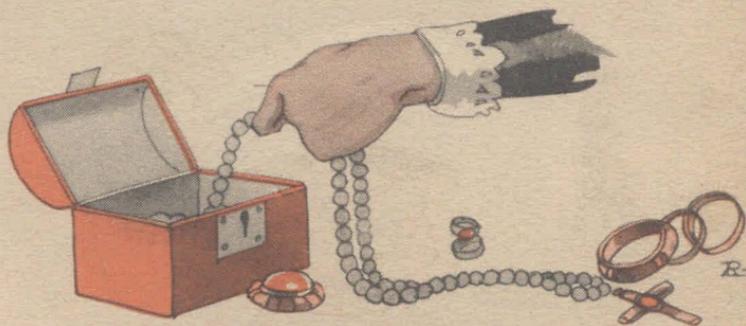
dicóse a espiarla y vigilar escrupulosamente hasta sus actos más leves, con la secreta esperanza de hallar en su conducta alguna tacha. Para acallar sus escrúpulos, decíase:

— Si su virtud es firme, cuanto yo me muestre más duro, tanto más fuerte y entero se hará el temple de su alma.

Obedeciendo a tan absurdo criterio, llegó a recluirla en una apartada habitación de palacio, sin permitirle que disfrutase de los placeres de la corte. Y tan sólo con el ruin propósito de vencer la tranquila serenidad de su esposa, se atrevió a despojarla de sus ricas vestiduras y a exigir que le devolviese todas las alhajas que en prenda de su amor le entregara el día de su matrimonio.

Grisélida obedeció al punto sin dar la más mínima señal de queja, sin pedir siquiera una leve explicación de aquel proceder tan cruel y depresivo para ella. Era orden del rey, y ella le había jurado serle siempre adicta y estarle sumisa. Su cariño al monarca es tan sincero y tan elevada su grandeza de alma que no vacila en justificar su extraña conducta.

— Sin duda mi esposo me atormenta — piensa —, para probar mi obediencia y mi humildad. Acaso juzga que la contradicción es la piedra de toque de las virtudes. Su intención es



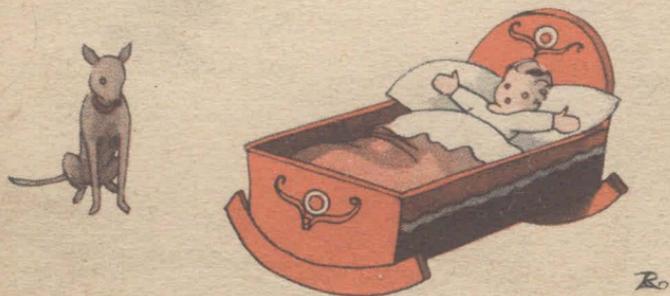
loable. Si yo me equivocase, entonces es seguro que es Dios quien me envía estos sufrimientos para contraste de mi fe. Debo de estarle agradecida, ya que de esta manera me aparta de los peligros, si yo sé corresponder a sus designios no dejándome arrebatar por la ira. Bendita sea mil veces su divina voluntad, pues sólo el que sabe sufrir con resignación las contrariedades puede disfrutar luego del premio de aquella ventura que está reservada al que a sí mismo se vence.

El rey, más ciego cada vez y más arrebatado por aquella demente obstinación que llenaba su espíritu, concibió el propósito criminal de separar a la reina de su hijita adorada. Intentó sofocar la voz de su conciencia, que le acusaba amenazadora, diciéndose:

— Si sale triunfante de esta prueba, se acabarán mis dudas, y la paz volverá a mi alma.

Una tarde en que Grisélida acariciaba a la niña, dormida en sus brazos, se presentó el rey de improviso en la habitación, y sin más preámbulos, dijo así:

— Sé lo mucho que amáis a la niña; pero es mi deber separarla de vos, para preservarla de los defectos que pudiera adquirir su espíritu si estuviera siempre a vuestro lado. He en-





contrado una dama de gran talento y discreción que sabrá enseñarla, educarla y formar sus sentimientos. Despedíos, pues, de ella, porque ahora mismo se la van a llevar.

El rey, después de pronunciar estas atroces palabras, abandonó la estancia, pues no había llegado aún su crueldad al extremo de mirar con indiferencia cómo arrancaban a aquella inocente niña de los brazos amantes de su madre.

Grisélida, con los ojos desmesuradamente abiertos, sumida en abatimiento mortal, clava su vista en el espacio como idiotizada. Su dolor es tan amargo y tan intenso que no acierta a coordinar una palabra. Hasta el consuelo de las lágrimas le es negado. Al aparecer el emisario encargado de tan odioso cometido, reacciona súbitamente, y mediante un poderoso esfuerzo de su voluntad, se sobrepone por un momento a sus dolores, y exclama con acento de sublime resignación:

— Hay que ser obedientes.

Cogió luego a la niña, y con ternura infinita la estrechó contra su corazón, cubriendo su preciosa carita de apasionados besos, mientras aquel ángel la tiende sus bracitos, tan cortos que aun no pueden ceñir el cuello de su madre.

El servidor del rey tomó a la niña y huyó velozmente de la habitación, avergonzado al verse instrumento de tan horri-

ble y trágica escena. Llevó a aquel angelito a un monasterio de gran fama en el que se educaban las hijas de los grandes señores, y recibían las enseñanzas de una escogida comunidad de religiosas, dirigida por una abadesa ilustre. Con gran misterio depositó allí a la niña, sin declarar quién era, y entregó una fuerte suma de dinero como prólogo de otras valiosas recompensas que habían de seguir hasta que su educación estuviese terminada.

El rey, mientras tanto, se entregaba con furor a la caza, pretendiendo ahogar así los remordimientos que destrozan su alma, y rehuye la presencia de su esposa, como se evita la de una leona a la que se han arrebatado sus cachorros. Pero es tan sólida la virtud de Grisélida, que en ella no logra hacer mella la crueldad y la injusticia de su marido, y trata al rey con la misma dulzura que en los primeros felices días de su matrimonio.

Sintióse avergonzado el rey al contemplar virtud tan firme y tan heroica paciencia; pero no sabiendo sustraerse al influjo maléfico de aquella insana pasión, que como reina y señora esclaviza y ahoga sus buenos sentimientos, decide someter a Grisélida a otra durísima prueba.



Fingiéndose hallarse transido de pena anunció a su esposa, después de unas semanas, el repentino fallecimiento de la niña. Al recibir la fatal noticia, sobrecogióse Grisélida de espanto; pero al observar la densa palidez que cubría el rostro del rey, se olvidó de sus amargas y corrió a consolarle con tiernísimas palabras y dulces caricias. Este sublime ejemplo de abnegación, esta admirable e inequívoca prueba de la belleza de su alma, conmovieron tan hondamente el corazón del monarca,



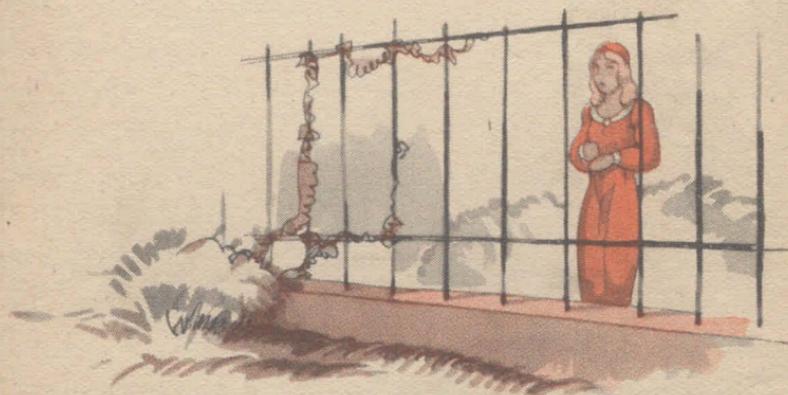
que se declaró definitivamente vencido, y a punto estuvo de descubrir a su esposa la innoble farsa.

No se atrevió, sin embargo, a hacerlo, por un resto de amor propio mal entendido; pero, aunque ocultó su secreto, abrazó a su mujer con tan intenso cariño, que la pobre Grisélida vió recompensada su virtuosa conducta con el goce de una tan grande felicidad, que la hizo olvidar no sólo sus penas, sino las dichas todas de su vida.

Quince años transcurrieron después sin que ni por un momento se turbara la paz ni el idilio feliz y continuado en que aquellos esposos vivían. Quince años de dicha y alegría, en los que si alguna vez el rey trató de enojar a Grisélida, era impedido por el deseo de que su cariño no se aminorase, a la manera

que el herrero cuando derrama agua sobre la lumbre que agniza en la fragua, aumenta el calor de las brasas ardientes.

Mientras tanto la inocente princesita, que se educaba en el convento, se había convertido en una hermosa y simpática joven. A la espléndida belleza de su madre, y a sus virtudes, unió la altiva nobleza y la energía de su padre; y la fusión de entrambos caracteres dió origen a las raras perfecciones que adornaban el juvenil espíritu de aquella sin par muchacha.



Un caballero ilustre de la corte, joven también, y de arrogante presencia, vióla casualmente una tarde, a través de la verja del jardín del convento, y su corazón quedó cautivo en las gracias de la encantadora princesita. Con ese sutil instinto femenino con que las mujeres saben ver sin mirar, enteróse ella bien pronto de los estragos que su belleza había causado en el alma de aquel apuesto galán, y alegróse extraordinariamente, porque también ella se había prendado de la varonil hermosura del gallardo mancebo.

No tardó en afianzarse aquel cariño naciente. Quiere esto decir que se amaron con dulce y casta ternura. Por feliz y extraña coincidencia, el rey estimaba mucho a aquel joven, de

nobles prendas e ilustre sangre, y había pensado en él como futuro esposo de aquella hija cuya existencia todo el mundo ignoraba.

Júzguese cuál sería su sorpresa y su alegría al saber que los dos jóvenes se querían entrañablemente. Pero, por desgracia, despertó de pronto en su ánimo el instinto caprichoso de atormentar a la feliz pareja, tan sólo con el propósito de que su pasión fuese más firme y más constante. Es decir, algo semejante a lo que años antes había hecho con su infeliz esposa.

— Además — se decía el rey —, de esta manera contrastaré de nuevo la virtud de Grisélida; y no porque sienta ya la menor desconfianza, sino con el fin de que todos nuestros súbditos conozcan su admirable conducta, y la rindan los debidos homenajes de alabanza.

Poniendo en práctica el plan que había discurrido, comenzó por anunciar que siendo necesario dar un heredero a la corona, y no teniendo él sucesión, pues su única hija murió a poco de nacida, tenía determinado contraer nuevo matrimonio, repudiando previamente a su esposa. Hizo saber al mismo tiempo el nombre de la esposa elegida y el convento en donde se edu-





caba, en el que continuaría hasta el momento de ocupar su trono en palacio.

Calcúlese el dolor de los pobres jóvenes cuando la noticia llegó a su conocimiento. Del mismo modo que un edificio se hunde al fallar los cimientos, así su alma quedó en ruinas al derrumbarse de golpe todas sus ilusiones. No anidó, sin embargo, su corazón odio alguno contra aquel que tan duramente les maltrataba al destruir su felicidad, porque eran incapaces de abrigar sentimiento tan mezquino.

Entretanto el rey ordena a Grisélida que se aleje de su lado. Ello es preciso — la dice — para evitar una desgracia; pues el pueblo, indignado por vuestro humilde origen, me obliga a repudiaros, y a tomar otra esposa más digna de mi raza y de mi alcurnia. Así, pues, disponeos a volver de nuevo a la cabaña en que habitábais, y a vestiros las ropas de pastora que ya os han preparado.

La reina escuchó en silencio y con los ojos bajos aquella dura y humillante orden. Aunque con el alma desgarrada por el dolor, sus labios intentan sonreír al mismo tiempo que a sus



... Grisélida, con ejemplar resignación, ocupa su tiempo en hilar y en las faenas domésticas...

ojos asoman las lágrimas. Resignadamente sumisa, se atreve a murmurar, con apagada voz, estas sublimes palabras:

— Por terrible que sea vuestro mandato, vos sois, señor, mi esposo y mi rey; nada hay para mí más agradable que obedecer lo que quiera ordenarme el que es dueño de mi ser.

En el acto corrió a su cuarto para despojarse de las lujosas galas de corte. Su espíritu sencillo no gustaba del boato ni de la magnificencia; lo que la entristecía y la apenaba era perder el cariño y la compañía de su esposo. Cuando se hubo vestido las humildes ropas de pastora, volvió a la presencia del rey para despedirse. Echándose a sus pies, exclamó:

— Perdonadme, señor, si no he sabido haceros tan dichoso como yo anhelaba. Yo sabré soportar mi desgracia, pero no quiero que quedéis enojado conmigo. Otorgadme el perdón que os pido, y volveré satisfecha a mi cabaña, donde no han de alterarse nunca ni el respeto ni el mucho amor que os he tenido.

Conmovió tan hondamente al rey la sólida virtud y la profunda humildad de Grisélida, que a punto estuvo de dar fin a la farsa, abrazando a su esposa. Pero se contuvo, y, volviendo la cabeza para ocultar su emoción, dijo con voz balbuciente:

— Bien, bien. Marchaos ya. Yo no me acuerdo para nada de lo pasado. Haced vos lo mismo.

La reina salió de palacio, acompañada de su anciano padre, quien llora al adivinar el sufrimiento de su hija. Pero ésta, procurando sonreír, le dice:

— No os aflijáis, padre mío. En nuestro rústico albergue volveré a ser tan dichosa como en mi venturosa infancia. No tendremos allí comodidades, pero sí paz en el alma, que es el bien verdadero y el más dulce al corazón.

La humilde Grisélida, con ejemplar resignación, ocupa su

tiempo en hilar y en las faenas domésticas, como en los felices días de su adolescencia. Su magnánimo espíritu no sólo no abriga odio alguno contra el rey, sino que pide a Dios por su felicidad. El monarca, juzgando suficientemente probada ya la virtud de su esposa, decide dar fin a la comedia y llama a Grisélida a palacio; y como último toque que ha de contrastar la pureza de sus sentimientos en la piedra de la adversidad, la dice:



— Mañana daré mi mano a la nueva reina. Es necesario que os ocupéis en el arreglo de sus habitaciones y de su tocado con todo esmero, para que quede enteramente satisfecha. No escatiméis gastos ni medios para ello. Y para que os transmita sus órdenes, os la voy a presentar. Servidla y ejecutad sus menores indicaciones con el mayor respeto y solicitud.

Llegó en seguida la bellísima princesa, mostrando en todo su apogeo el suave encanto de su radiante hermosura. Apenas la hubo contemplado Grisélida, sintió que en su alma surgía un dulce transporte de ternura, como despertado por un lejano recuerdo. Y, sin saber por qué, alzóse en el acto en su corazón un cariño tan vivo y tan sincero, una tan efusiva simpatía hacia /

aquella linda criatura, que, obedeciendo a un fuerte movimiento de su voluntad, que no pudo reprimir, corrió al rey y le dijo:

— Os ruego, señor, que tratéis bien a esa joven seductora que habéis elegido por esposa. Me parece tan buena y tan candorosa, que acaso no pudiera resistir vuestra altiva voluntad con la resignación con que yo, por ser de humilde linaje, la he soportado. ¡No la atormentéis nunca, os lo suplico!



— Ocupaos en obedecer lo que se os mande, sin venir a explicarme mis deberes — dijo el rey por toda respuesta.

Cuando toda la corte estuvo reunida en el gran salón del trono, para asistir al acto de la boda, el rey, antes de que la ceremonia diese comienzo, tomó la palabra y dijo así:

— Nada hay tan engañoso muchas veces como las apariencias. Estamos en este momento presenciando un hecho que prueba de modo indiscutible lo que acabo de decir. ¿Quién creería que esa joven con quien voy a casarme no estará orgullosa y satisfecha de convertirse en reina? Pues no es así. ¿Quién supondrá — añadió, señalando al caballero que amaba a la princesa — que ese apuesto mancebo no asiste alegre a estas fiestas, y se dispone a salir vencedor en el torneo que se prepara? Pues tampoco

co eso es cierto, amigos míos. ¿Quién pensará que Grisélida no ha de estar desesperada y ardiendo en cólera? Pues a pesar de la prueba tan amarga que sufre, yo os aseguro que se resigna paciente y sin quejarse. Y, finalmente, ¿quién de entre vosotros sospechará que yo no he de sentirme feliz ante el idilio que me aguarda? Nada más lejos de la verdad, sin embargo. No sólo no me siento dichoso, sino que si esa boda llegara a realizarse, yo me consideraría el más desgraciado de los hombres. ¿Queréis saber la explicación de este enigma? Oídla.

Y, haciendo una pausa, continuó:

— Sabed todos que esa linda criatura con quien yo habría de casarme no es otra que mi hija, y que la doy por esposa a este noble caballero, que la quiere y a quien ella corresponde. Sabed, también, que amo con indefinible ternura a esa santa mujer que soportó mis furias insensatas con tanta paciencia y abnegación.



R.

Y que la traigo nuevamente a palacio para honrar sus virtudes, pues consagraré mi vida a venerarla; y me propongo también conseguir que se cumplan sus más mínimos deseos, poniendo en ello el mismo interés que empleé en atormentarla cuando una necia preocupación se apoderó de mi espíritu.

La princesita, al saber que el rey era su padre, se arrojó en sus brazos, que la estrecharon con profunda ternura. Después, condujo a su hija ante Grisélida, quien yacía desmayada, víctima de tan repetidas y dulces emociones. Su pobre corazón, que tantas veces soportó sereno el agudo dolor de la desgracia, se rindió ante esta inesperada felicidad.

Cuando volvió en sí de su desmayo, cubrió de besos el idolatrado rostro de su hija, y se entregó a los mayores transportes de alegría, dando gracias al monarca por esta ventura tan grande que la había deparado. El rey interrumpió la escena, diciendo:



— Basta ya. Tiempo tendréis después de satisfacer vuestros tiernos impulsos. Ahora es preciso que volváis a vestiros vuestras mejores galas, pues urge celebrar la boda de nuestra hija.

Poco después tenía lugar en la iglesia la solemne ceremonia que había de enlazar para siempre a los jóvenes príncipes.

Todo se volvieron fiestas, torneos, bailes, algazara y festines suculentos. En medio de la general alegría, el monarca escuchó, muy complacido, cómo ponderaban las virtudes de Grisélida, que era el blanco de todas las miradas y el objeto de todas las conversaciones. El pueblo, en su entusiasmo, llegó a alabar al rey por la dura y cruel prueba a que había sometido a su esposa, sin comprender que había pecado de imprudente, y que el éxito de su ensayo no reconocía otro fundamento que el hallarse la virtud de la humildad y de la modestia sólidamente arraigada en el corazón de su santa compañera.



PIEL DE ASNO





PENAGÓN

... el príncipe cayó a sus pies jurando a la joven amor eterno.



PIEL DE ASNO

CUÉNTASE que era un ilustre monarca, tan generoso y bueno en las épocas de paz, como valiente y esforzado en las lides guerreras que sostuvo con otros reyes vecinos. Su bizarría era tanta, y tan grande el valor que sabía comunicar a sus soldados, que ninguno de los pueblos que en los comienzos de su reinado le habían de-

clarado la guerra, se atrevió en lo sucesivo a turbar la paz de sus estados, temerosos todos de su poder y de su fuerza.

Digna compañera de príncipe tan esclarecido era la reina, su esposa, hermosa en grado sumo, y tan prudente como bella, que amaba al rey con ternura, y le hacía el más feliz de los hombres. Tenían una niña, una lindísima princesa, que heredó la hermosura y la discreción de su madre, y la fortaleza y el ingenio



de su padre. El palacio en que habitaban era un soberbio edificio, de magníficas proporciones, espléndidamente alhajado en su interior con tanto gusto como riqueza.

Cuantos le visitaban quedaban admirados de la regia mansión, y la prodigaban elogios sin tasa. Especialmente, había un detalle que atraía la atención general, y era objeto de múltiples comentarios. En una vasta estancia se advertía la presencia de un asno, bellamente enjaezado y solícita y admirablemente atendido por un criado. Pero la sorpresa que aquel hecho singular producía en todos, cesaba bien pronto al conocer la prodigiosa

cualidad de que aquel asno estaba dotado. De su cuerpo arrojaba escudos de oro, que proporcionaban diariamente al tesoro real abundante cantidad de dinero.

Es sabido que en este mundo la dicha y la felicidad no pueden ser eternas, y llegó la hora en que las de los monarcas de nuestro cuento se vieran amenazadas. Y fué que enfermó la reina de suma gravedad. En vano acudieron los médicos más fa-



mosos a combatir la dolencia; inútiles fueron también los exquisitos cuidados de que el rey la rodeó. La reina, sintiendo cercano su fin, dijo a su esposo:

— No quisiera que os volvierais a casar. . .

— ¡Jamás! — interrumpió el rey.

— Así lo espero — replicó la reina —, porque sé lo que me queréis. Sin embargo, juradme que, en caso de hacerlo, sólo habréis de dar vuestra mano a quien sea más hermosa, más discreta, más buena que yo.

El rey, transido de pena, hizo todos los juramentos que le



PENAGOS

...logró mostrarla en pocos días uno, de suntuosa y finísima tela...

pidió su esposa, y cuando aquélla murió a las pocas horas, la lloró con intensa amargura.

Pasados unos meses, empezó a pesarle su soledad, y aunque el recuerdo de la que fué su esposa vivía fiel y entero en su corazón, empezó a acariciar la idea de contraer nuevo matrimonio. No parecía empresa fácil, si había de atenerse al juramento prestado. Y, en efecto, ni entre las damas de la corte, ni entre las beldades de las ciudades y pueblos, pudo encontrar quien aventajara, ni siquiera igualase, a la difunta reina.

Sólo una, la joven princesa, hija de los monarcas, había logrado sobrepasar la hermosura de su madre. El rey, al observarlo, concibió el insensato y absurdo propósito de casarse con ella.

La infeliz princesita, al enterarse de aquella idea reprochable y descabellada, derramó copiosas lágrimas, y, profundamente afligida, fuese en busca de su hada madrina, para solicitar de ella consejo y protección.

— Ya sé a qué vienes — la dijo el hada —. Nada temas, porque nada malo ha de sucederte si haces lo que yo te voy a indicar. Dile a tu padre que, para acceder a sus deseos, necesitas que te regale un vestido que sea de un color enteramente igual al azul del cielo. Él no podrá conseguir que lo hagan, y tú habrás salido del compromiso sin disgustarle.

Pero el hada se engañó, porque el rey, después de llamar a todos los sastres y modistas más hábiles, y amenazarles de muerte si no le presentaban, sin reparar en gastos, el vestido que la princesa le había pedido, logró mostrarla en breves días uno, de suntuosa y finísima tela, del más puro y transparente azul, que diríase arrancado del mismo cielo.

El hada aconsejó entonces que pidiera un vestido de color de luna, y también en esta segunda prueba salió vencedor el rey,



valiéndose de iguales procedimientos. El vestido que presentó era un asombro, y su color, semejante en un todo al suave resplandor del astro de la noche cuando limpio el cielo de nubes brilla con poética claridad cual un disco de plata.

Pidió, después, un vestido de color igual al del sol, y también el rey supo complacer a su hija. ¡Qué deslumbrante y mágica riqueza la de aquel hermosísimo atavío de tisú de oro! Brillaba como el propio sol en lo alto del firmamento.

La princesita — mujer al fin —, subyugada y envanecida ante aquellos encantadores adornos, que tanto realzaban su hermosura, quedóse unos momentos suspensa e indecisa ante aquellos testimonios del amor del rey. Pero el hada, que vigilaba atenta, advirtiendo su vacilación, murmuró en su oído:

— El rey puede complacerte porque, gracias al muchísimo dinero que le da el asno de palacio, logra satisfacer los más costosos caprichos. Pero pídele la piel de ese asno, y verás cómo te la niega.

Así lo hizo la princesa, y, con gran asombro suyo, vió que el rey mandaba matar al asno, y que poco después la entregaba.



Deshecha en lágrimas, y con el corazón anhelante, acudió a su madrina, quien la dijo:

— Ya nada nos queda por intentar para disuadir al rey de su empeño. Pero como ese matrimonio sería absurdo y, además, un gravísimo pecado, no te queda otro camino que la huída. Fíngese que accedes, y mientras se hacen los preparativos de la boda, abandona el palacio, disfrazada, y corre a esconderte en lejanas tierras, fuera del alcance de tu padre. Aquí tienes un arca que yo te regalo como premio a tu recto proceder. Puedes meter en ella todos tus vestidos, tus alhajas, tus objetos de tocador, cuanto puedas necesitar. Toma también esta varita mágica. Mientras la lleves en la mano, el arca seguirá tus pasos, oculta bajo la tierra. Cuando quieras echar mano de ella, toca el suelo con la varita, y el arca aparecerá ante tu vista. Cubre tu cuerpo y tus vestidos con la piel del asno. Así disfrazada, nadie podrá adivinar que bajo esa fea piel se oculta la princesa más hermosa del mundo.

La pobre princesita cumplió al pie de la letra las prescripciones de su hada-madrina. Por eso, el día de la boda nadie pudo

dar con ella. ¿Quién podría pintar la angustia y la desesperación del rey? No hubo casa, ni ciudad, ni aldea que no fuera minuciosamente registrada; se hicieron prolijas investigaciones en los bosques, en los caminos, en todas partes. Como si no; parecía que a la princesa se la había tragado la tierra. Adiós festines, diversiones y alegrías. Todo era luto y desolación en el reino. Las damas de la corte, despechadas por no poder lucir sus galas, renegaron y maldijeron. Hasta el cura se indignó, porque estuvo esperando hasta muy tarde, no almorzó, ni... cobró sus honorarios.

* * *

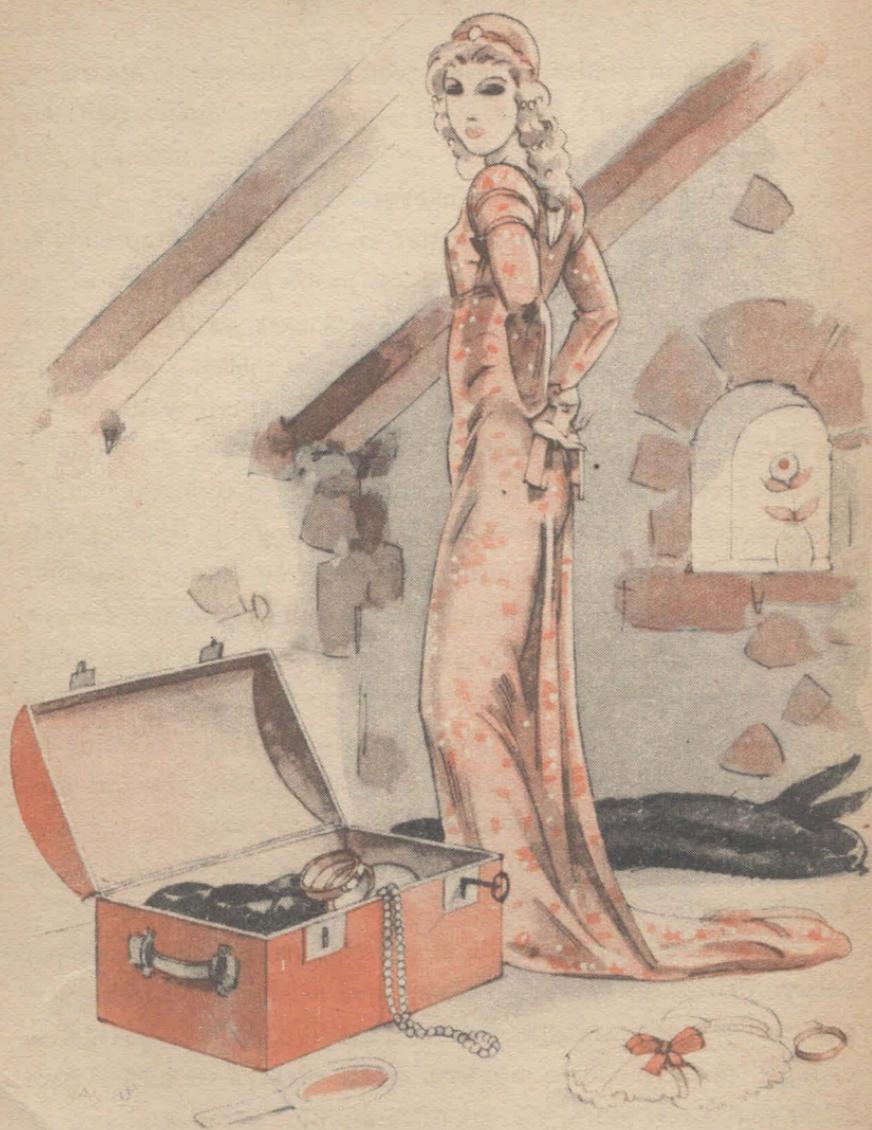
Ya tenemos a nuestra infantita envuelta en la áspera piel del asno, lleno de tizne su bello rostro, implorando una limosna por los caminos. Todos, al verla tan sucia y tan fea, hacían un mohín de repugnancia y se apartaban de su lado bruscamente. Pero ella, con la tranquila serenidad que imprime al espíritu la conciencia del deber cumplido, seguía resignada su camino, mendigando de puerta en puerta su pan cotidiano.





Llegó, por fin, a una alquería, donde fué admitida para cuidar de la limpieza de la pocilga de los cerdos. Ya tenía un albergue, un lugar donde, al menos, poder dormir bajo techado. Hubo, en cambio, de sufrir las burlas, los desprecios, cuando no las insolencias de los zafios y mal educados jayanes que con ella servían en aquella granja. ¡Cuánto padeció la infeliz princesita! ¡Ella, tan buena, tan pulcra y de tan elevados sentimientos, conviviendo con aquellos brutos! Pero los domingos se desquitaba. Terminadas sus faenas, que procuraba despachar rápidamente, se encerraba en su cuarto. Extraía del arca sus objetos de tocador, y comenzaba por asearse concienzudamente, y al desaparecer la horrible capa de suciedad que cubría su cara, volvía a brillar a la luz su lindo y hechicero rostro.

¡Qué alegría al verse limpia, al contemplar de nuevo en el espejo su cara juvenil, fresca y sonrosada! Luego vestíase aquellos deliciosos atavíos, regalo de su padre: unas veces, el traje color de luna; otras, aquel que resplandecía como el sol; y, ador-



*La princesa, regiamente ataviada con su traje de tisú de oro
y adornada con magníficas joyas...*

nada con sus magníficas alhajas, semejaba una celeste aparición de tal manera estaba hermosa. Lo único que la contrariaba era no poder extender las colas de sus vestidos con la necesaria amplitud, por la estrechez de la habitación.

Se nos había olvidado decir que en aquella importante alquería se criaban una infinidad de aves, propiedad del hijo del rey de aquel país. Allí podían admirarse faisanes, avutardas, pavos reales, gallinas en multitud de variedades y castas, y otra considerable cantidad de volátiles de brillante plumaje y diversidad de colores. El príncipe, muy aficionado a esta clase de animales, iba con frecuencia a la alquería, y se entretenía contemplándolos. Era un gallardo y apuesto mozo, de arrogante figura y muy agraciado de rostro. Su continente señorial, su natural distinción y sus maneras francas y simpáticas prestaban singular encanto a su persona. Bien pronto la pobre princesita quedó presa en los atractivos del gentil príncipe.

— ¡Qué simpático es y qué elegante — decíase —, y qué feliz será la mujer que logre conquistar su corazón! ¡De qué buena gana cambiaría yo todos mis magníficos vestidos por otro cualquiera, el más humilde, con tal de que fuese él quien me lo hubiese regalado!

Un domingo por la tarde el príncipe pasó casualmente por delante del cuarto de Piel de Asno, que así llamaban todos a la princesa, y la curiosidad le impulsó a averiguar lo que guardaban en aquel cuchitril. Como la puerta estaba cerrada, se inclinó para mirar por la cerradura, y a sus ojos, atónitos por el asombro, se ofreció un maravilloso espectáculo. La princesa, regiamente ataviada con su traje de tisú de oro y adornada con magníficas joyas, contemplaba su esbelta figura en el espejo.

El príncipe, mudo de estupor, reprime con esfuerzo el grito

de admiración que quiere escaparse de sus labios. Teme que aquella visión celestial se desvanezca, y apenas se atreve a respirar. Más que lo suntuoso del tocado, emociona al príncipe la belleza de la muchacha, sus dulces facciones, su juvenil frescura, su púdica modestia y un no sé qué de arrogante y aristocrático, que revelaba en toda su persona descendencia de sangre ilustre y ele-



vada estirpe. Sintió vehementes deseos de derribar la puerta; pero, de pronto, un respeto extraño le contuvo y cesó en su espionaje. Le pareció indigno abusar de aquel secreto que casualmente había descubierto.

Marchóse pensativo a su palacio, y desde aquel momento cambió enteramente de modo de ser. Él, siempre jovial y comunicativo, estaba a todas horas triste y preocupado. Ni acude a las diversiones, ni sale de caza; apenas come. Todas sus gestio-

nes para averiguar quién es la hermosa que vive en la alquería han resultado infructuosas.

— Señor — le han contestado repetidamente —: pero si quien vive ahí es Piel de Asno, que es la suma fealdad. La llamamos así por la piel que lleva puesta; su cara negruzca y sus ropas sucias repelen al menos exigente.



Sin embargo, el príncipe no puede olvidar a aquella a quien vió un día, y abatido por el dolor y la desesperación, cae primero enfermo, y se agrava después en tales términos, que llegan a temer por su vida. La reina, su madre, llena de congoja, trató de consolar sus penas con dulces caricias, al mismo tiempo que, con suaves reflexiones, le animaba a obedecer las prescripciones de los médicos, que le ordenaban alimentarse.

— Sólo por complacerte a ti, madre mía, seré obediente y

comeré; pero exijo que sea un pastel hecho por Piel de Asno.

Todos se escandalizaron ante esta petición, y la reina oye que le dicen:

— Pero, señora, si esa chica es sumamente sucia y puerca; ¡cómo vais a confiarla un encargo tan delicado como es la comida de vuestro hijo!

— Nada importa — contesta la reina — ; es preciso complacer al príncipe, a ver si con este medio conseguimos su mejoría.

En cuanto Piel de Asno recibió el encargo de confeccionar el pastel, cogió los ingredientes necesarios, harina, manteca y huevos, y corrió a refugiarse en su cuarto para entregarse a su trabajo, libre de miradas impertinentes y curiosas.

Antes de comenzar su tarea, lavóse muy bien las manos y la cara, y después. . . , unos dicen que por la prisa, y otros que con propio intento, el caso es que en la masa cayó uno de los magníficos anillos de la princesa.

Nosotros, sin inclinarnos decididamente en favor de ninguna de ambas opiniones, sólo haremos constar un detalle muy significativo para que después el lector saque las deducciones que





estime pertinentes. Y es que, cuando la princesa estaba amasando la pasta, llegó el príncipe a la puerta de su cuarto, con la secreta esperanza de que se repitiera la aparición que un día hubo de contemplar en aquel mismo sitio. Piel de Asno, con ese perspicaz instinto peculiar de todas las mujeres, advirtió al momento que la observaban, y, presumiendo quién sería el espía, no es aventurado suponer que echara la joya en la masa, a guisa de regalo u ofrecida a la persona que había de comerla.

Lo cierto es que el pastel resultó estupendo, tan dulce y tan sabroso, que el príncipe dió fin de él en un momento. Y hasta se hubiera comido la sortija; pero prefirió guardarla, tan secretamente, que nadie se enteró.

A pesar de aquel experimento, el príncipe continuaba enfermo. Los médicos, desesperados y aburridos, comenzaron a sospechar que el príncipe estuviere enamorado. Por sí o por no, recetaron que se casara, pensando que el matrimonio es la medicina más eficaz para curar los males de amor.

Al príncipe, contra lo que todos esperaban, no pareció disgustarle la idea; pero puso una condición: la de que su compa-

ñera había de ser la mujer en cuyo dedo ajustase exactamente un anillo que sacó de uno de sus bolsillos.

Y al decirlo, mostraba a todos una preciosa sortija de oro, de afiligranada labor, que lucía una soberbia esmeralda de gran tamaño, magníficamente tallada.



Grande fué la sorpresa de los reyes al enterarse de aquel raro y pueril capricho de su hijo; pero habían tomado ya de antes la determinación de no contrariarle en nada, y tampoco en esta ocasión se opusieron. Audaces charlatanes trataron de aprovecharse vendiendo pomadas y específicos para adelgazar los dedos de la mano. Como el aro era estrecho, hubo mujer que se mondó los dedos como una pera; otras, que se los prensaron para adel-

gazarlos, y no faltó fraude ni artificio que no empleasen para demostrar que era a ellas a quienes el anillo pertenecía.

Llegó, por fin, el día de la prueba. Desfilaron primero por palacio las duquesitas y señoritas de la corte: aunque tenían los dedos finos y delicados, ninguna consiguió colocarse bien el ani-



llo. Lo mismo sucedió con las jóvenes de la más rancia nobleza que acudieron después, y otro tanto con las niñas de la clase media, menestralas y sirvientas. Hubo que llamar a las pastoras, zagalas y mujeres humildes que vivían en las aldeas y cortijos. Todo inútil: ninguna salió triunfante.

El príncipe, afligidísimo, preguntó:

— ¿No queda ya nadie más?



— Nadie, señor — le contestaron —; es decir, queda Piel de Asno. Pero ¿para qué vamos a molestarnos en llamarla, si es imposible que en sus dedazos entre la sortija?

— No importa; traedla — replicó el príncipe.

— Pero considerad que, si por casualidad triunfase en la prueba, ¿cómo ibais a casaros con semejante adefesio?

— Obedeced y callad — gritó el príncipe, impaciente.

Juzgad el asombro, la estupefacción de todos los circunstantes cuando la joven, sacando de entre la horrible piel negra que la cubría una mano fina, suave y marfileña, introdujo uno de sus





afilados dedos en la sortija y quedó en él perfectamente ajustada.

La sorpresa que aquel hecho insólito les produjo se convirtió en seguida en burlonas sonrisas de incredulidad ante el misterio que a sus ojos se desarrollaba, sin acertar a explicárselo, y en el que se resistían a creer. Como algunos trataran de llevar a la joven a presencia de la reina, ella pidió con gesto humilde que la concedieran unos momentos para cambiar de traje.

No tardó la gentil Piel de Asno en mostrarse a las miradas de los maldicientes cortesanos en todo el apogeo de su radiante hermosura; deliciosamente vestida con uno de sus atavíos de sin



igual elegancia y riqueza y adornada la rubia cabellera con hilos de diamantes y perlas diestramente entrelazados. Al contemplar los reyes aquella esbelta figura, de majestuoso y arrogante porte, al par que de gracia infinita en sus movimientos, quedaron mudos de admiración. Los cortesanos prorrumpieron en vítores y aclamaciones, y el príncipe cayó a sus pies, jurando a la joven amor eterno.

Se dispuso la boda; fueron llegando monarcas en gran número, aun de países distantes, invitados a presenciar la solemne ceremonia. Pero ninguno fué portador de tan soberbios y espléndidos regalos como el padre de la linda princesa. El tiempo había purificado ya su criminal anhelo, y en su alma sólo quedaba ahora el amor paternal, profundo e inextinguible. Al ver a su hija, abrazóla con inmensa ternura, y conteniendo las lágrimas que asomaban a sus ojos, exclamó:

— Bendigo a Dios, que por fin me proporciona la dicha y el inmenso consuelo de volverte a ver.

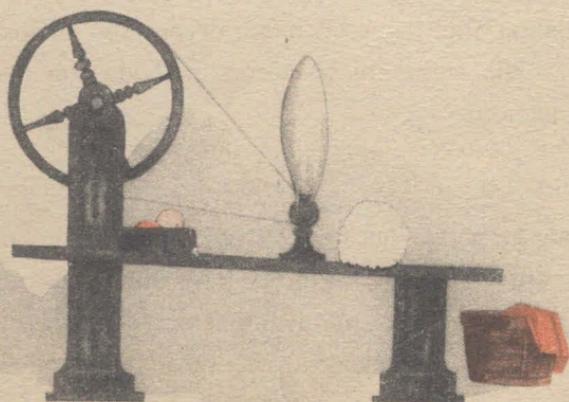
En aquel momento presentóse de improviso el hada-madrina de la princesa, y refirió a todos la historia de la joven, con lo que crecieron, si cabe, el entusiasmo, el cariño y la simpatía que la bellísima Piel de Asno había despertado en los corazones de todos. Al día siguiente se celebró la boda con gran pompa, boato y esplendor.

* * *

Debemos arrostrar los más duros trabajos y las más crueles amarguras antes que infringir las leyes que Dios nos impone. El virtuoso puede ser momentáneamente desgraciado, pero siempre concluye por alcanzar la recompensa debida a sus virtudes.



LA PRINCESA PRUDENTE





Inmediatamente Sutil acostó el muñeco de paja en el techo y se escondió en un rincón de la alcoba...



LA PRINCESA PRUDENTE

EN la época de las primeras cruzadas, el rey de no sé qué país de Europa fué a Palestina a guerrear con los infieles. Al emprender tan largo viaje confió la regencia a un ministro muy hábil, y por este lado quedó tranquilo. No así en lo que respecta a su familia, que se componía solamente de tres hijas, ya casaderas, pues su

esposa había muerto algunos años antes. Estas tres princesas se llamaban: Perezosa, la mayor; Parlanchina, la segunda, y Sutil, la más pequeña.

Sus nombres indicaban su respectiva condición. Perezosa, sumamente holgazana e indolente, era capaz de no comer por no moverse. Parlanchina, de genio muy vivo, no cerraba la boca en todo el día; chismosa y murmuradora, con tal de hablar,



no reparaba en la condición de la persona que pudiera servirle de auditorio, aunque fueran los lacayos de palacio.

Sutil, la pequeña, era tan activa y diligente, como ociosas e inútiles sus hermanas. Sabía coser y bordar admirablemente, así como cantar, bailar y tocar diversos instrumentos musicales, y se ocupaba en el gobierno doméstico con sumo provecho. Además era muy discreta y de gran presencia de ánimo, que no se apocaba en las situaciones difíciles. Gracias a su penetración, descubrió una vez la trama que un embajador extranjero urdió para engañar al rey en un tratado que éste había de firmar. La

inteligente y hábil princesa se las arregló de manera que el engañado resultó ser el embajador. El rey la quería mucho más que a sus otras hijas y tenía en ella ciega confianza.

Para prevenir los riesgos que pudieran correr durante su ausencia, visitó a una hada muy amiga suya, y la manifestó los temores que le inspiraban sus dos hijas mayores.

— Son tan imprudentes — la dijo —, tienen tan poco juicio



y viven en tan grande ociosidad, que tengo miedo de que se comprometan en alguna aventura peligrosa. Por la menor no paso cuidados, pero la trataré lo mismo que a las demás. Así que os ruego me hagáis tres rucas de cristal para mis hijas, con tal arte dispuestas, que se quiebren tan pronto como aquella de mis hijas a quien la rucua pertenezca haga algo en menoscabo de su reputación.

El rey quedó complacido por el hada, pero no se contentó con esto: llevó a las princesas a una torre muy alta, construída en un lugar desierto, para que vivieran allí, prohibiéndolas recibir



... la pobre mujer se metió dentro y las princesas la subieron.

a nadie. Les quitó toda clase de servidumbre, y después de darles las ruelas encantadas y explicarles sus virtudes, abrazó a sus hijas, cerró las puertas de la torre, guardándose las llaves, y se marchó.

Para proveer de alimentos a las princesas se había puesto una garrucha en una de las ventanas de la torre, y en la garrucha una cuerda, a la que las princesas ataban un cesto que bajaban todas las mañanas, en el cual las ponían las provisiones, y así que el cesto subía, retiraban la cuerda.

Perezosa y Parlanchina se aburrían horriblemente. Sutil, en cambio, estaba siempre ocupada, bien haciendo labor o leyendo, enterándose de lo que sucedía en el reino, pues el ministro cuidaba de informarla, poniendo en el cesto notas en que la daba cuenta de los sucesos de interés general. Sus hermanas se quejaban de aquella vida triste, ya que su única distracción era asomarse a las ventanas de la torre para ver lo que pasaba en el campo.

Un día, mientras Sutil trabajaba en su cuarto, sus hermanas vieron al pie de la torre a una mujer andrajosa, la cual empezó a suplicarlas permiso para entrar allí. Decía que era tanta su miseria que las serviría con escrupulosa fidelidad, solamente por la comida. Las princesas se negaron al principio, pero Perezosa estaba tan cansada de servirse a sí misma, y Parlanchina tan aburrida de no poder hablar con nadie, que comenzaron a ceder.

— La prohibición de nuestro padre no se extenderá a personas como esta infeliz, ¿verdad? — preguntó Parlanchina.

— Yo creo que no — contestó Perezosa.

Inmediatamente bajaron el cesto; la pobre mujer se metió dentro y las princesas la subieron. Sutil, al salir de su cuarto en



aquel momento, quedóse extraordinariamente sorprendida y muy contrariada ante la presencia de aquella desconocida. Sus hermanas se apresuraron a explicarle el motivo que las había inducido a dejarla subir, y como la cosa ya no tenía remedio, disimuló el disgusto que la causaba aquella imprudencia.

Con el pretexto de la limpieza, pero en realidad para enterarse de la disposición interior del edificio, la nueva sirvienta de las princesas recorrió minuciosamente todas las habitaciones. Aquella vieja, cubierta de harapos, era el hijo mayor de un poderoso rey de una nación vecina. Este príncipe era muy astuto y desconfiado, pérfido y de muy mala intención en todas sus acciones. En la corte le llamaban Cautela. Su hermano menor; en cambio, estaba dotado de excelentes prendas, y era tan bueno, como malo el mayor; por la belleza de su rostro y la gallardía de su figura le llamaban Hermoso. Ambos eran los hijos únicos del rey, tan condescendiente y bondadoso que le habían puesto el nombre de Bonachón.

El príncipe Cautela fué el que inspiró al embajador del rey su padre aquella cláusula de mala fe que, gracias a la sagacidad



de Sutil, se volvió contra ellos. El príncipe, al verse chasqueado, cobró odio profundo al rey, y al enterarse de su partida a la guerra y de las precauciones que había tomado con respecto a sus hijas, decidió vengarse en éstas del engaño de que no pudo hacer víctima al padre. A eso había ido a la torre.

El primer día conservó su disfraz y desempeñó su papel, por temor a que si le descubrían pidiesen auxilio a las gentes que por allí transitaban. Pero al llegar la noche, considerándose seguro, se quitó sus harapos y se dejó ver con un traje de corte cuajado de oro y pedrería.

Las princesas se asustaron y huyeron a sus cuartos, excepto Perezosa, que con su indolencia natural dió tiempo a que el príncipe la alcanzase. Inmediatamente se echó a sus pies, la declaró quién era y la confesó su amor, diciendo que sólo su belleza, que conocía por retratos, le había arrebatado de tal modo que no vaciló en emprender el viaje para ofrecerle su mano. La princesa, aturdida, no sabía qué contestar, pero como Cautela insistió con mil frases cariñosas, haciendo vehementes protestas de amor y pidiéndola que le tomase por esposo en aquel mismo

momento, Perezosa concluyó por acceder, y en el acto su rueca se rompió en mil pedazos.

Al día siguiente, el perverso príncipe llevó a Perezosa a una sala baja, y ésta le manifestó que no se sentía con valor para presentarse a sus hermanas por miedo a que censurasen duramente su matrimonio. Contestó Cautela que él iba a buscarlas y las obligaría a dar su aprobación. Salió de la sala y, sin que Perezosa lo notara, la dejó encerrada.

Buscando los cuartos de las dos hermanas, Cautela dió bien pronto con el de Parlanchina. Al ver que la puerta estaba cerrada, comenzó a llamarla a través del ojo de la cerradura. Ponderó exageradamente la belleza de la joven y la refirió una historia análoga a la que había contado a Perezosa. La incauta princesa, viendo satisfecho su deseo de poder hablar con alguien, cayó en el garlito y abrió la puerta. Charló por los codos, y como ella tenía hambre, salieron los dos del cuarto y se dirigieron a la despensa del castillo, en donde encontraron toda clase de viandas, porque el cesto las proveía para varios días.

Comieron los dos en la mejor armonía y cuando concluyeron, Cautela manifestó deseos de ver el salón principal del castillo.



Una vez en él, el príncipe comenzó a hacer nuevas protestas, ponderando el amor que hacía ella sentía, y a exponer la conveniencia de que se casase con él en aquel mismo momento, porque si se reunía con sus hermanas antes de tomarle por esposo, lo probable es que se opusieran, sobre todo la hermana mayor, que alegraría derecho preferente para esa boda con el príncipe heredero de la vecina nación.

Parlanchina, tan loca como su hermana, aceptó al príncipe por esposo, y cuando al anochecer volvió a su cuarto con el príncipe, lo primero que vió fué su rueca hecha pedazos. Se turbó y el príncipe la preguntó el motivo de su preocupación. Parlanchina, en su afán de hablar, era incapaz de callar nada, y contó neciamente el misterio de las ruecas. Cautela experimentó viva satisfacción al saber que el rey conocería la conducta poco prudente de sus hijas.

Parlanchina no quiso presentarse a sus hermanas, y Cautela se ofreció a buscarlas y a obligarlas a que aprobasen aquel matrimonio. Como había hecho con Perezosa, también dejó encerrada bajo llave a Parlanchina.

Recorrió luego todas las habitaciones, y al verlas abiertas



dedujo que la única que encontró cerrada debía de ser la de Sutil. Repitiendo el procedimiento que tan buen resultado le había dado con las dos hermanas mayores, comenzó a enjaretar el mismo discurso a la pequeña. Pero ésta era más lista y más prudente y le escuchó largo rato sin responderle. Comprendiendo, por lo que le oía decir, que él sabía perfectamente que ella estaba allí, le contestó que si su cariño era tan grande como le pintaba, bajase al jardín, cerrase la puerta, y así, él en el



jardín y ella desde su cuarto, podrían conversar cuanto él quisiera.

El príncipe se percató en seguida de que no lograría vencer su resistencia para abrirle la puerta, y loco de impaciencia fué en busca de un madero para derribarla. Cuando tuvo franca la entrada, Sutil le esperaba armada de un respetable martillo que por casualidad halló en el guardarropa, contiguo a su cuarto. En su actitud serena y tranquila, pero enérgica, se adivinaba que estaba dispuesta a todo para defenderse.

El príncipe, que la encontró hechicera, quiso echarse a sus

pies, prendado no menos de su hermosura que de la fama de su talento, pero ella, retrocediendo, exclamó:

— ¡Príncipe, si dais un paso más, os abriré, sin vacilar, la cabeza con este martillo!

Cautela, sin acercarse, ponderó nuevamente lo inmenso de su cariño, añadiendo que su disfraz había sido un recurso para poder ofrecerle su corazón y su mano. Pidió perdón por el atrevimiento de haber echado abajo la puerta, disculpando este acto



por la violencia de su pasión, y acabó tratando de persuadirla de la necesidad de que le aceptase en seguida por esposo. Sutil fingió ablandarse y contestó que ante todo debían buscar a sus hermanas; pero el príncipe arguyó que lo primero debía ser casarse, para evitar que sus hermanas pudieran luego oponerse, invocando preferente derecho por la prioridad de su nacimiento.

Sutil, que ya desconfiaba, sintió aumentar sus recelos ante aquella respuesta, temiendo por lo que hubiera podido ocurrir a sus hermanas. Para ganar tiempo, resolvió apelar a la astucia y dijo a Cautela que consentía en casarse con él, pero que como



sabía que los matrimonios que se celebraban de noche traían desgracia, convenía aplazar la ceremonia hasta el siguiente día. Siguió diciendo que nada diría a sus hermanas y que pasaría la noche encomendándose a Dios, no sin antes prepararle a él una habitación para que descansase.

Cautela accedió, muy a su pesar, porque no tenía nada de valiente, y Sutil no se había desprendido ni un momento del martillo. En cuanto se quedó sola corrió a preparar la cama del príncipe en una habitación lujosa, pero que tenía un agujero en el suelo, que iba a dar al albañal del castillo. Sutil puso sobre el agujero, después de levantar la compuerta, dos palos cruzados muy frágiles, e hizo luego encima una cama, esmeradamente dispuesta. Buscó a Cautela y le condujo a esa habitación para que pasase en ella la noche.

Tan pronto como Sutil se hubo retirado, el príncipe, sin desnudarse, se arrojó de un salto sobre el lecho. El ímpetu con que realizó este movimiento y el peso de su cuerpo rompieron los palos, y el príncipe cayó dando vueltas en el albañal, lastimándose en todo el cuerpo y haciéndose una porción de chichones. Sutil, al advertir el feliz resultado de su estratagema, respiró satisfecha como si se hubiese qui-

tado un peso de encima, y voló a buscar a sus hermanas.

A Parlanchina la encontró en seguida y la contó el ardid de que se había valido para deshacerse del odioso príncipe. La noticia la hizo un efecto tremendo, porque, en su habitual necedad, había juzgado sinceras las palabras y promesas que la hiciera. Procurando ocultar su turbación, fué con Sutil a buscar a Perezosa, y después de dar mil vueltas la encontraron, por fin, en el cuarto del jardín, medio muerta de desesperación y de hambre, porque no había comido nada en todo el día.

Sus hermanas prestáronle auxilio, y después las tres tuvieron una explicación respecto de lo sucedido en aquellos días, que sumió a Perezosa y a Parlanchina en dolor profundo y sincero.

Entretanto, Cautela pasó en el albañal una noche horrible. Afortunadamente para él, pudo salir al día siguiente, con mil trabajos, de la alcantarilla, gracias a la ayuda de unos hombres que pescaban en el río a que aquélla iba a desembocar. Le sacaron en un estado lamentable; pero más que nada sentía el escozor de su amor propio al verse vencido por Sutil. Naturalmente, su espíritu ruin y mezquino con-





... le echó a rodar por la pendiente, antes de que el príncipe pudiera darse cuenta de nada.

cibió un odio tan violento hacia la princesa, que no ansiaba sino vengarse de ella.

La pobre Sutil sufría mucho con el recuerdo de las locuras cometidas por sus hermanas, y la afligía ver que ni aun con eso habían escarmentado, pues sus constantes impertinencias ponían su paciencia a prueba. Cautela, para tomar el desquite que anhelaba contra Sutil, ideó valerse de las otras dos princesas, cuya estupidez le era bien conocida; y con objeto de tentarlas, hizo poner bajo las ventanas de la torre grandes cajones con árboles llenos de deliciosas frutas.

A Perezosa y a Parlanchina se les antojó comerlas, e importunaron a Sutil para que bajara por ellas en el cesto. Sutil fué condescendiente; bajó y cogió aquellas frutas, que ellas comieron con avidez. Al día siguiente aparecieron frutas todavía mejores, y ante un nuevo capricho de sus hermanas, Sutil volvió a bajar para complacerlas. Pero los emisarios de Cautela, que vigilaban ocultos, se apoderaron de ella y se la llevaron a una casa de campo donde el príncipe convalecía de sus heridas. Éste la dirigió toda clase de insultos, a los que ella contestó con una nobleza digna de una heroína.

Después de tenerla prisionera unos días, la mandó conducir a la cima de una elevada montaña, y una vez allí mostró a Sutil un tonel, erizado interiormente de navajas de afeitar y otros instrumentos cortantes, en el que la iba a meter y echarlo a rodar luego por la montaña abajo. Cautela, para cerciorarse de que aquel instrumento de su venganza estaba bien provisto de armas homicidas, se inclinó sobre la boca, y Sutil, aprovechando certeramente el momento, dió un fuerte empujón al príncipe, que cayó dentro del tonel, y le echó a rodar por la pendiente, antes de que el príncipe pudiera darse cuenta de nada.

Hecho esto, huyó, sin que los criados del príncipe, que veían horrorizados el castigo que Cautela quería infligir a la princesa, tratasen de detenerla. Por otra parte, acudieron antes a parar el tonel, que rodaba con violencia, si bien sus esfuerzos resultaron inútiles, pues bajó hasta el pie de la montaña, donde sacaron de la barrica al príncipe, cubierto de graves heridas.

Esta desgracia llenó de aflicción y amargura al rey Bonachón y al príncipe Hermoso; a sus súbditos, en cambio, no les impresionó. Todos aborrecían a Cautela, y se admiraban de que el príncipe más pequeño, que tenía sentimientos nobles y caritativos, pudiera querer a su perverso hermano mayor. Pero era Hermoso tan fiel cumplidor de su deber, que amaba entrañablemente a su hermano, y además Cautela había tenido la habilidad de fingirle un afecto sincero, por lo que el generoso príncipe no se hubiese perdonado nunca el no corresponderle con vehemencia.

Las heridas de su hermano causaron vivo dolor a Hermoso, y le prodigó los más solícitos cuidados, aunque en vano, porque Cautela empeoraba de día en día. El príncipe Hermoso estaba traspasado de pena, y Cautela, pérfido hasta el último momento, pensó en abusar de la ternura de su hermano.

— Siempre me has querido — le dijo —, y lloras mi desgracia. Me muero, y ya no necesito pruebas de tu cariño; pero



si verdaderamente me has tenido afecto, júrame que harás lo que voy a decirte.

Hermoso, incapaz de negar nada a su hermano en el estado en que le veía, le prometió con los más solemnes juramentos acceder a cuanto le pidiese.

Cautela, al oírle, abrazó a su hermano, y le dijo:

— Muero contento, porque al menos seré vengado. Lo que quiero pedirte es que solicites la mano de Sutil en cuanto yo me muera. Y que tan pronto como estés a solas con esa maldita princesa, la mates clavándola un puñal en el pecho.

El príncipe Hermoso tembló de horror al escuchar estas palabras, y se arrepintió de sus imprudentes juramentos, pero como ya no podía desdecirse, no quiso dar a entender su arrepentimiento a su hermano, que expiró poco después.

El rey Bonachón sintió un dolor inmenso. Su pueblo, lejos de llorar a Cautela, se alegró de que heredase la corona Hermoso, cuyas buenas cualidades todos apreciaban mucho.

Sutil, que había vuelto al lado de sus hermanas, se enteró en seguida de la muerte de Cautela, y al poco tiempo anunciaron a las tres princesas el regreso de su padre. El monarca pidió en seguida que le presentasen las ruelas. Perezosa enseñó la de Sutil; Parlanchina y Sutil hicieron, sucesivamente, lo mismo.



Eo



Pero el rey quiso ver las tres al mismo tiempo, y sólo Sutil pudo mostrar la suya. El rey, incomodadísimo, entregó al hada a sus dos hijas mayores para que las castigase como merecían.

El hada las llevó a una galería de su palacio encantado, donde había pintadas una porción de mujeres, célebres por sus virtudes y por su vida laboriosa. Aquellas figuras tenían movimiento y se las veía trabajar constantemente y recibir premios por su buena conducta, lo cual era una mortificación para las dos hermanas. Además las dijo que las iba a tener siempre ocupadas.

En efecto, las obligó a los trabajos más duros y humildes. Perezosa, no pudiendo soportar la desesperación que le causó verse entregada a una vida tan contraria a sus inclinaciones, murió al poco tiempo. Parlanchina encontró manera de escaparse del palacio del hada, pero en su precipitación se cayó a un barranco, cuya presencia no había advertido por ser de noche, y pereció víctima del accidente.

Sutil lamentó de corazón la suerte de sus hermanas. En medio de su tristeza, supo que el príncipe Hermoso había pedido su mano al rey, su padre, y que éste se la había concedido. Tembló al recibir la noticia, temiendo, no sin fundamento, que Cautela hubiese transmitido su odio al corazón de su hermano, y que éste se propusiera vengar en ella la desgraciada muerte de

aqué. Llena de recelo acudió a consultar al hada, quien no quiso revelarla nada. Tan sólo la dijo:

— Princesa, sois discreta y prudente. Hasta ahora habéis pensado que la prudencia es madre de la seguridad. No olvidéis esta máxima, y seréis dichosa sin mi auxilio.

Presas de viva agitación volvió a palacio la princesa; y pocos días después se desposó con un embajador, que representó en la ceremonia a la persona del príncipe Hermoso. Trasladóse a la corte del rey Bonachón para reunirse con su marido.

Cuando Hermoso vió a la princesa, quedó maravillado de su belleza y la dirigió algunos cumplimientos, pero de manera tan confusa, que los personajes de la corte, sabiendo lo galante e ingenioso que era el príncipe, atribuyeron su cortedad a la profunda impresión que la belleza de la joven le había causado.

En la ciudad todo eran fiestas, bullicio y alegría. Después que hubo concluído la magnífica cena de esponsales, Sutil, que no había olvidado la máxima del hada, tenía trazado ya su plan. Alegando un olvido, la princesa entró en su gabinete e hizo rápidamente un muñeco de paja, dentro del cual metió una vejiga llena de sangre; le vistió con ropas de mujer, le acostó en el lecho y se escondió en un rincón de la alcoba. En seguida entró el príncipe, y después de suspirar dolorosamente



dos o tres veces, empuñó su espada y atravesó con ella el cuerpo de la supuesta Sutil. Sintió correr la sangre, y acercándose al lecho encontró inmóvil a la mujer de paja.

— ¡Dios mío, qué es lo que acabo de hacer! — exclamó Hermoso, horrorizado —. Después de tantas y tan crueles vacilaciones sobre si debería o no cumplir mis juramentos, he quitado la vida a una valerosa princesa a quien amaba extraordinariamente. ¡Qué vileza! Castigar a una mujer por satisfacer una ruin pasión. Adiós, linda princesa, mi querida esposa; no soy digno de vivir; ahora mismo voy a darme muerte con mi espada. . .

Al oír esto Sutil, le gritó:

— ¡Príncipe, deteneos! Conocía vuestro buen corazón y adiviné vuestro arrepentimiento. Con un inocente engaño os he evitado la comisión de un doble crimen.

En seguida refirió al príncipe el ardid del muñeco, y aquél, loco de alegría al saber que su esposa vivía, admiró su prudencia y la manifestó su gratitud.

* * *

Habéis visto a un príncipe perverso y cruel recibir el castigo de sus maldades. Habéis contemplado también el desgraciado fin de unas princesas insustanciales, vanas y perezosas. Habéis admirado, por último, la fortaleza que comunica al alma el ejercicio de virtudes tan útiles como la prudencia y la laboriosidad, y os habéis regocijado con el premio otorgado a la princesa que las practicó. Fácil es deducir cuál es el ejemplo que debemos seguir, y cuáles los que nunca debemos imitar.



LOS DESEOS RIDÍCULOS





PENAGOS

...en el acto quedó cumplido su deseo, y la morcilla se adhirió fuertemente a la nariz de la mujer...



LOS DESEOS RIDÍCULOS

QUENTAN que una vez, allá en tiempos muy remotos, hubo un pobre aldeano tan duramente castigado por la suerte, que todo aquello en que ponía mano le salía mal. Sus continuas desgracias le amargaban la vida, y aunque se esforzaba en sobrellevarlas con paciencia, no siempre conseguía sobreponerse a las calami-

dades que le afligían. Se quejaba sin cesar de su mala fortuna, pues si para los demás es corriente — decía lamentándose — que los contratiempos y las prosperidades se compensen en su vida, en proporción equivalente, yo no recuerdo haber visto satisfecho casi nunca un deseo mío.

Estaba una mañana en el bosque entregado a sus habituales faenas de leñador, cuando se le apareció Júpiter, rodeado de gran aparato de rayos y centellas. El pobre hombre, presa de terrible



pánico ante aquel imponente espectáculo, que estimó como preludio de otra calamidad, la mayor, sin duda, de las que hasta entonces sufriera, se arrojó al suelo muerto de miedo, y exclamó temblando:

— ¡Señor, que yo no pido ni deseo nada! Quedemos los dos como estamos; vos, señor poderoso, dueño de las tempestades, y yo, pobre y desgraciado, como hasta ahora he vivido.

— No tengas miedo, hombre — contestó Júpiter —. Si precisamente he venido a remediar tus males, si es que tienen remedio. Tus repetidas lamentaciones me han conmovido, y para demostrarte que tus quejas son injustas, yo, que soy el soberano de la tierra, te prometo concederte las tres primeras cosas que me pidas. Pero, elige bien — siguió diciendo — las mercedes

que desees, y asegúrate de que ellas han de proporcionarte la felicidad a que aspiras.

Júpiter desapareció, y el leñador quedóse unos instantes como petrificado, temiendo haber sido víctima de una pesadilla. ¡Tenía tan mala suerte! Pero, no. Reaccionó en seguida al recordar clara y distintamente todos los detalles de la escena, y no era fácil que se borrara de su memoria el miedo que al principio le había sobrecogido.



Loco de alegría al pensar en su próxima felicidad, recogió los haces de leña y volvió a su casa para hacer partícipe a su mujer de la profunda dicha que le embargaba.

Nunca, hasta aquel momento, le había parecido hermoso el mundo, ni amable la vida. En cambio, ahora... El sol brillaba más; el aire era más puro, la atmósfera más diáfana; las gentes con quienes cruzó a su paso eran todas buenas y simpáticas: las desgracias no existían, o por lo menos podían remediarse. Lleno de embriagador optimismo llegó a su casa.

Abrazó a su mujer, y le dió cuenta minuciosa de lo que acababa de sucederle. En seguida el matrimonio empezó a idear planes y a trazar proyectos, que inmediatamente eran desechados para forjar otros diferentes y que a ellos se les antojaban

mejores, y que también eran rechazados por no encontrarlos suficientemente buenos.

Curiosa psicología del alma humana. Unas horas antes, cualquiera mejora determinada en su humilde condición, la hubieran aceptado como un verdadero don del cielo. Momentos más tarde, nada les satisfacía; todo les parecía poco; no hallaban límite a su ambición inagotable.

La mujer puso término a la discusión, diciendo:

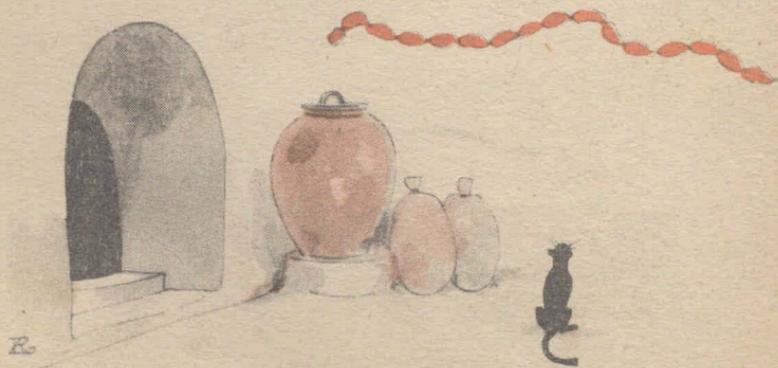
— El asunto es digno de meditarse con calma, no sea que vayamos a precipitarnos. Lo dejaremos por hoy para consultarlo despacio esta noche con la almohada. .

— Me parece muy bien — contestó el marido —. Pero antes, tenemos que celebrar esta dicha tan grande, bebiendo un trago a nuestra futura prosperidad.

Cuando el hombre hubo vaciado el gran vaso que le sirviera su mujer, exclamó muy alegre:

— ¿Sabes que el vinillo me ha abierto el apetito? ¡De qué buena gana me comería ahora un buen trozo de morcilla!

Apenas hubo manifestado aquel deseo, ambos esposos, estupefactos, vieron surgir de un rincón de la estancia una sarta



de olorosas y orondas morcillas que ondulaba por el aire, acercándose al marido con graciosas evoluciones.

La mujer lanzó un grito de rabia al comprender cuán imprudentemente había desperdiciado su marido el primero de los tres deseos que habían de serle otorgados.

— ¡Insensato! — exclamó dirigiéndose a él, llena de furor —. ¿A quién, sino a ti, se le ocurre pedir una morcilla, en lugar de un tesoro, un reino, un palacio, u otra cosa por el estilo? Está visto que toda la vida no serás otra cosa que un animal.

— Confieso que hice mal — contestó el marido, reconociendo su necedad y su torpeza —; pero descuida, que otra vez seré más avisado y más cauto. No me volverá a suceder.

La mujer, que poseía un carácter en extremo irascible, lejos de aplacarse con las humildes palabras de su marido, sublevóse aún mas ante aquella tranquila conformidad, cosa que suele suceder frecuentemente a las personas de genio áspero y rebelde cuando ven que se las contesta con comedimiento, como si su mayor goce lo encontraran en la contradicción.

Encendida por la cólera, replicó así a su marido:

— Se necesita ser burro para hacer lo que has hecho.



Y viendo que aquél nada contestaba, siguió llenándole de improprios y de injurias, sin cerrar su boca.

El marido, harto ya de insultos, y colmada su paciencia, gritó desesperado:

— Maldita sea la morcilla, y ¡ojalá! que se te pegue a la nariz, a ver si callas de una vez.

En el acto quedó cumplido su deseo, y la morcilla se adhirió fuertemente a la nariz de la mujer; además, el extremio opuesto de la larga sarta se introdujo en su boca, impidiéndola hablar.

El marido, que en el fondo era bueno, se arrepintió de su arrebató, pero ya era tarde para remediarle. Pensaba para sus adentros: yo aprovecharía el tercer deseo para pedir ser rey de algún sitio, porque lo mejor de todo es mandar, pero ¿cómo va a ser reina mi mujer con esa nariz? Voy a consultarla qué es lo que prefiere: si ser reina nariguda, o leñadora humilde, pero agraciada, como hasta ahora.

La mujer estuvo pensándolo, pero, como era mujer y joven no tardó en decidirse. Mucho la halagaba ser reina, pero antes que verse hecha un adefesio, escogió ser una leñadora hermosa. El marido, desolado, tuvo que pedir a Júpiter que le quitase a su mujer la morcilla de la nariz. Y he aquí cómo aquel pobre hombre ni fué poderoso, ni rico, ni rey de ningún sitio, ni se albergó siquiera en un suntuoso palacio, pudiendo haber conseguido todo esto.

¿Por qué? Muy sencillo; porque los hombres, unos por imprudentes, y otros porque les ciega la ambición, no suelen hacer buen uso de los dones que la Providencia les concede.



R

BARBA AZUL





... y dirigiéndose a su hermana, preguntó: — Ana, ¿pero aún no ves nada?



BARBA AZUL

ERASE una vez un hombre que poseía hermosas casas, vajillas de oro y plata, sillerías forradas de brocado, carrozas doradas y otra porción de riquezas. Desgraciadamente, tenía la barba azul, y este detalle le afeaba tanto, le daba un aspecto tan temible, que no había mujer ni chiquilla que no huyese al verle.

Una señora, vecina suya, tenía dos hijas preciosas, y Barba



Azul le pidió una de ellas en matrimonio. Ninguna de las dos muchachas le quería, y cada una trataba de endosársele a la otra. Además del horror que su barba les inspiraba, se había casado ya cinco veces, y todos ignoraban lo que había sido de sus mujeres. Naturalmente, era para tenerle un poquito de miedo.

Barba Azul, por captarse su voluntad, invitó a las muchachas y a su madre a pasar unos días en una de sus casas de campo. Reunió también allí a otras jóvenes y muchachos de la ciudad, y tan buena maña se dió para ofrecerles toda clase de entretenimientos y diversiones, que sus invitados pasaron una deliciosa temporada, siempre de fiesta en fiesta. Tan bien resultó todo, que a la menor de las hermanas empezó a parecerle menos azul la barba del dueño de la casa; y hasta llegó a opinar que debía de ser una excelente persona. Con estos antecedentes, no os sorprenderéis si os digo que al poco tiempo se celebró la boda.

Al mes de este feliz suceso, Barba Azul tuvo que hacer un viaje que había de durar seis semanas, por lo menos. Encargó a su mujer que, en su ausencia, se distrajese, invitando a sus ami-

gas a excursiones al campo; que diese fiestas y banquetes, y que, en suma, no escatimase gastos para divertirse cuanto quisiera. En el momento de la despedida la entregó todas las llaves de la casa, diciéndola:

— Estas llaves son las del armario donde están guardadas las vajillas de oro y plata; éstas, las de mis cajas de caudales; estas otras, las de las alhajas — y así fué enumerando las restantes.

Luego, añadió:

— Esta otra llavecita dorada es la del cuarto que está al final de la galería, en el piso bajo. Entra en todas partes, si quieres; míralo todo y regístralo todo, excepto en el cuartito a que esta llave pertenece. Si me desobedeces y entras en él, prepárate a sufrir los efectos de mi cólera, que será terrible.

La joven prometió a su marido cumplir al pie de la letra lo que acababa de ordenarla; y luego de abrazar a su mujer, Barba Azul montó en su carruaje y se puso en camino.

Las vecinas y las amigas no esperaron a ser llamadas para





... pero la tentación era demasiado fuerte y desvaneció en seguida sus escrúpulos. Con pulso vacilante abrió la puerta.

ir en busca de la recién casada. Estaban impacientes por contemplar las maravillas de aquella mansión, a la que no se habían atrevido a ir mientras estuvo en ella el dueño, porque su barba azul les daba miedo. Inmediatamente recorrieron todos los espaciosos salones, y quedaron admiradas de las magnificencias de todas clases que el palacio contenía. Los tapices, los muebles, las armaduras, los enormes espejos con marcos cincelados, los candelabros, las pinturas que decoraban las paredes, todo era de lo más lindo y de lo más rico que puede imaginarse. No cesaban de ponderar y de envidiar la suerte de su venturosa amiga.

Ésta, sin embargo, era la única que no disfrutaba con la contemplación de aquellas riquezas. Indiferente a cuanto la rodeaba, sin prestar la más mínima atención a sus visitantes, su pensamiento estaba fijo en aquel cuartito que la habían prohibido abrir. «¿Qué habrá allí?», se preguntaba. Y el afán de saberlo la mortificó tanto, se impuso a su corazón el aguijón de la curiosidad con tal ímpetu y con tan grande violencia, que, sintiéndose sin voluntad y sin fuerzas para resistir aquel poderoso acicate, no esperó a que sus amigas se marchasen, y, de pronto, escapó a satisfacer el ansia que la oprimía, aprovechando un momento en que sus visitantes estaban distraídas.

Al llegar a la puerta del cuarto su respiración era fatigosa y sus manos temblaban. Un momento quedó indecisa, pensando en las desgracias que podrían sobrevenirle si quebrantaba la prohibición. Pero la tentación era demasiado fuerte y desvaneció en seguida sus escrúpulos. Con pulso vacilante abrió la puerta.

Al pronto no vió nada, porque las ventanas estaban cerradas. Pero pasados unos momentos, y a la débil claridad que por aquellas se filtraba, advirtió que el suelo estaba todo cubierto de sangre coagulada y que en ella se reflejaban los cuerpos de va-



rias mujeres muertas y colgadas a lo largo de las paredes. Levantó la vista y, al contemplar sus ojos aquel horrible espectáculo, creyó morir de terror. Aquellas infelices eran todas las mujeres con quienes Barba Azul se había casado y a las que degollara una tras otra. Vencida por aquella horrorosa impresión, dió un paso atrás, y, al movimiento, la llave que conservaba en su mano se desprendió de ella y cayó al suelo. La recogió prontamente, y, cerrando con presteza la puerta, corrió a refugiarse en su cuarto para dominar su emoción y tranquilizarse.

Como observara que la llave estaba manchada de sangre, trató de limpiarla, pero en vano. Todos sus esfuerzos resultaron inútiles: aunque la restregó muchas veces con arena y greda, la sangre no desaparecía, siempre le quedaba alguna mancha. La llave estaba encantada, y cuando la sangre se quitaba en un lado, aparecía en otro.

Aquella misma noche regresó Barba Azul de su viaje. Su

mujer, decidida a afrontar la difícil situación en que su malsana curiosidad la había colocado, hizo cuanto pudo para demostrar lo mucho que la complacía el anticipado regreso de su esposo.

Al día siguiente, Barba Azul pidió a su mujer las llaves, y ésta se las entregó; pero al hacerlo le temblaba tanto la mano, que aquél adivinó sin ningún esfuerzo todo lo que había pasado.

— Falta la llave del cuartito — se limitó a decir.

— Es verdad — contestó la joven —. Me la habré dejado arriba, sobre mi mesa. Voy a buscarla.

— Sí, tráela, porque la necesito en seguida.

Al oír esta respuesta, dicha en tono seco y firme, la pobre muchacha comprendió que se iba a frustrar el propósito que había concebido de ir aplazando la entrega de la llave con diversos pretextos.





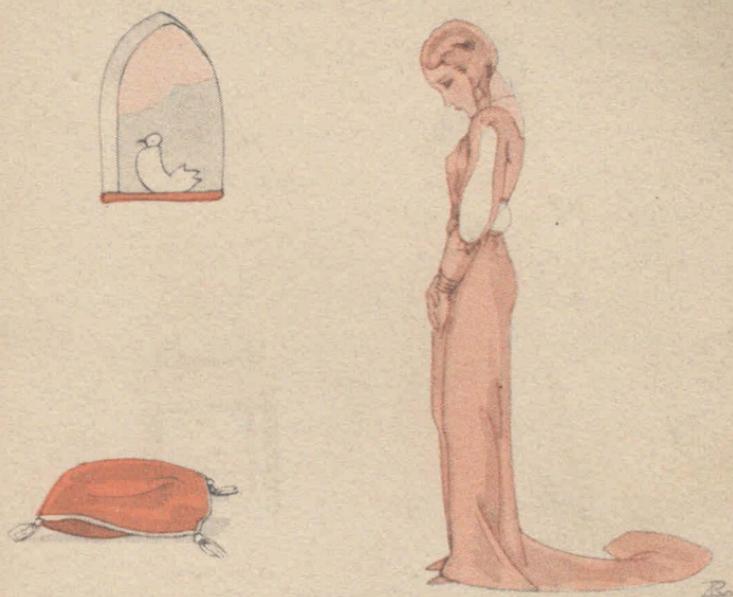
No tuvo, pues, más remedio que presentársela; y Barba Azul, después de examinarla unos momentos, preguntó:

— ¿Por qué está manchada de sangre esta llave?

— No sé — respondió la infeliz, palideciendo intensamente.

— ¿No lo sabes? — replicó Barba Azul —. Pues yo sí lo sé perfectamente, y te lo voy a demostrar. Desobedeciendo mi mandato, has entrado en el cuartito. Y, en castigo, vas a volver a entrar en él; pero esta vez, para ocupar un puesto entre las mujeres que has visto allí.

La joven se arrojó a los pies de su marido, llorando y pidiéndole perdón, con claras señales de estar sinceramente arrepentida de su desobediencia. Cualquiera se hubiera conmovido al escuchar aquellos sollozos que tan viva aflicción denotaban; pero Barba Azul tenía el corazón duro como una roca, y no hi-



cieron mella en él ni la hermosura de la muchacha ni sus manifestaciones tan sentidas de dolor. Con voz autoritaria, dijo solamente:

— Vas a morir ahora mismo.

— Puesto que he de morir — respondió ella, mirándole con los ojos llenos de lágrimas —, concédeme siquiera algún tiempo para encomendarme a Dios.

— Te concedo un cuarto de hora — dijo Barba Azul —; ni un minuto más.

Y dejó sola a su esposa para que se preparase a aquel terrible trance.

En tan angustiada situación, la joven acudió a su hermana Ana, que así se llamaba, y ésta se presentó inmediatamente.

— Mi querida Ana — la dijo —: estoy en un conflicto ho-

rrible, del cual sólo nuestros hermanos pueden salvarme. Me prometieron venir hoy a verme, y ya deben estar cerca. Te suplico que subas a lo alto de la torre, y, si les ves llegar, grítalos o diles por señas que se apresuren cuanto puedan, que me hallo en trance de muerte.

Ana obedeció en seguida.

— Ana, mi querida Ana, ¿no ves venir a nadie?

— No veo más que el sol que relumbra y la hierba que verdea — contestó la interpelada.

En esto se oyó la voz de Barba Azul, que ordenaba:

— Baja en seguida, si no quieres que suba yo a buscarte.

— Voy, ya voy; espera un momento — respondió la joven.

Y dirigiéndose a su hermana, preguntó:

— Ana, ¿pero aún no ves nada?

— Sí, veo una gran polvareda que se acerca por este lado. . .

— ¿Son ellos? — dijo ansiosamente la muchacha.

— ¡Ay! no, hermana mía: es un rebaño de carneros.

— ¿No quieres bajar? — gritaba Barba Azul.

— Sí, ahora mismo voy —. Y agregó: — Por Dios, Ana, dime si viene alguien.



— Veo dos jinetes que se dirigen hacia aquí; pero todavía no los distingo bien. Sí: deben de ser nuestros hermanos. Les hago señas para que se apresuren.

— ¡Gracias, Dios mío! — exclamó la infeliz muchacha.

Barba Azul empezó a gritar de tal manera, que la pobre joven bajó de la torre y fué a arrojarse a sus pies, llorosa y desmelenada.

— Prepárate para morir — dijo Barba Azul.

Y cogiéndola con una mano por el pelo, y blandiendo en la otra un alfange, se dispuso a cortarla la cabeza. La infeliz, volviéndose hacia él y mirándole con ojos muy tristes, le rogó que le concediera unos instantes para recogerse.

— No hay piedad — la contestó bruscamente. Levantó el brazo, y . . .

En aquel momento llamaron a la puerta con tal violencia, que Barba Azul se quedó inmóvil. Abrieron, e inmediatamente penetraron en la estancia dos caballeros, que, echando mano a sus espadas, se precipitaron sobre Barba Azul.

Éste había reconocido en los visitantes a los dos hermanos de su mujer, capitanes ambos del ejército, y trató de escapar; pero los



militares le persiguieron tan de cerca, que le alcanzaron antes de que pudiese ganar la salida, y le hundieron sus aceros en el cuerpo. Barba Azul se desplomó muerto.

La pobre muchacha, casi tan muerta como su marido, por las terribles emociones que había sufrido, no tenía fuerzas para levantarse del suelo y abrazar a sus hermanos.

* * *

Como Barba Azul no tenía herederos, su mujer heredó su inmensa fortuna. Dotó a su hermana Ana y la casó con un caballero que la quería hacía ya algún tiempo. También ella se casó al año siguiente con un joven muy bueno, que la hizo olvidar los malos ratos pasados al lado de Barba Azul. Justo es decir que jamás volvió a dejarse vencer por la curiosidad, porque aprendió que los goces que ofrece este defecto son tan efímeros, que apenas satisfecha la curiosidad, el placer y el atractivo se extinguen al punto, y, en cambio, acarrearán la mayor parte de las veces disgustos muy serios.

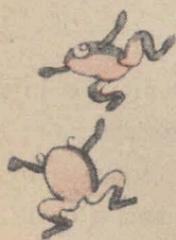
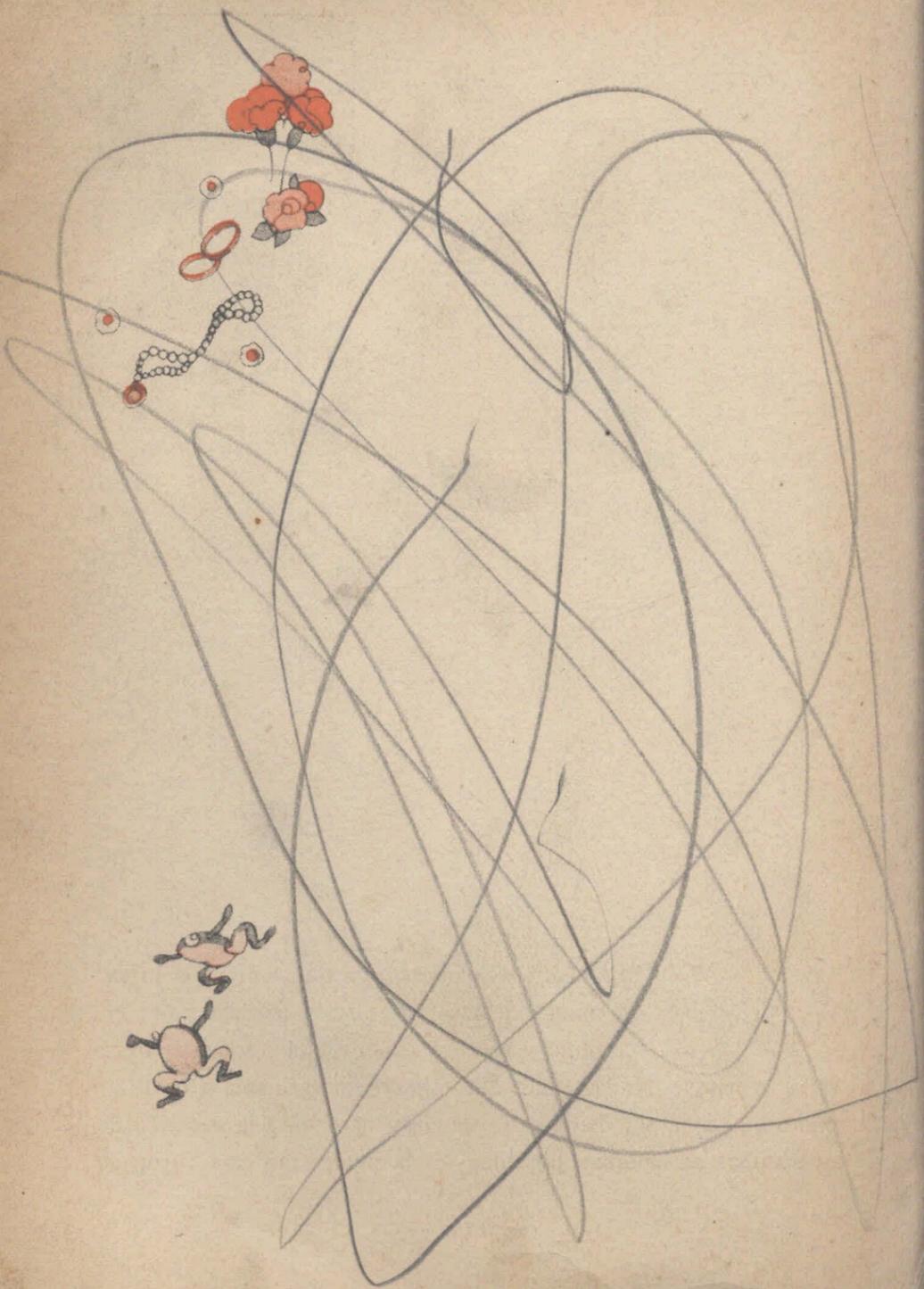
No lo olvidéis tampoco vosotros.





LAS HADAS







LAS HADAS



ABÍA una vez una viuda que tenía dos hijas, la mayor de las cuales se le parecía tanto en el genio y en el semblante, que verla a ella era ver a la madre. Nada tenían que echarse en cara una a otra, en punto a lo áspero y desapacible de su carácter ni a la soberbia de que ambas se hallaban poseídas. Si la madre era una furia, su



... enjuagó cuidadosamente el cántaro y se lo presentó.

hija mayor era un basilisco; si el orgullo de aquélla era insufrible, no se podía aguantar tampoco la insolencia y la soberbia de su retoño.

Víctima de las malas cualidades de las dos era la hija menor, que había salido a su padre en lo amable y bondadosa, y era, además, la chiquilla más linda que verse puede.

Como por razón natural cada cual ama al que se le parece, aquella madre adoraba con pasión ciega a su hija mayor, y, al mismo tiempo, detestaba y sentía una espantosa aversión hacia la pequeña. La obligaba a comer en la cocina y a trabajar sin descanso en los quehaceres más rudos y penosos, mientras cuidaba a la mayor como a una reina.

Una de las ocupaciones de aquella pobre niña, desheredada de todo afecto, consistía en ir dos veces todos los días a buscar agua a más de una legua de distancia, cargada con un cántaro enorme, por lo desproporcionado a sus débiles fuerzas.

Estando un día en esta ocupación, vió acercarse a una pobre mujer, quien la suplicó que le diese de beber.

— Con mucho gusto, señora — contestó la hermosa niña. Y uniendo la acción a la palabra, limpió y enjuagó cuidadosamente el cántaro en el mejor sitio del manantial y se le presentó sosteniéndole con sus manos para que bebiera más cómodamente.

Aquella anciana era un hada que había tomado la forma de una mujer del pueblo, para probar la bondad de la muchacha. Una vez que hubo bebido, la dijo:

— Sois tan buena, tan amable y tan hermosa, que voy a recompensaros otorgándoos un don: el de arrojar por la boca, a cada palabra que digáis, una flor o una piedra preciosa.

Después de dichas estas palabras se alejó a buen paso, de-

jando suspensa a la niña. No acertaba ésta a comprender, en su modestia, que aquella acción mereciera ningún premio.

Cuando volvió a su casa, la madre, siguiendo su costumbre, la riñó ásperamente por lo mucho que había tardado.

— Perdonadme, madre mía, si me he retrasado — dijo la muchacha con humildad, y al decirlo, salieron de su boca dos rosas, dos perlas y dos brillantes gordísimos.

— ¡Qué es lo que veo! — exclamó la madre, llena de asombro —. ¡Pero si te han salido de la boca perlas y brillantes! ¿A qué se debe eso, hija mía?

La pobre niña, no sin advertir que era la primera vez que recibía aquel dulce nombre de hija, refirió ingenuamente todo lo que le había sucedido. Cuando terminó su relato, en el suelo había una porción de flores y piedras preciosas.

La madre no se cuidó poco ni mucho al ver aquel prodigio de la estupenda cualidad que adornaba a su hija pequeña. Atenta sólo a satisfacer su inmensa vanidad y la de su hija mayor,



pensó en proporcionar a ésta ocasión para que obtuviese también tan raro privilegio, y corrió a buscarla llamándola con grandes voces:

— ¡Paquita, querida hija! — exclamó cuando ésta llegó a su presencia — Ven aquí y mira cómo le salen a tu hermana flores y perlas de la boca cuando habla. ¡Qué preciosa estarías tú si poseyeses el mismo don. Para conseguirle, no tienes que hacer otra cosa que ir a la fuente a buscar agua, y si se te acerca alguna mujer pobre a pedirte de beber, se la das con mucha amabilidad.

La hermana mayor, envidiosa y humillada por aquella maravillosa cualidad que ella no poseía, contestó con desabrimiento:

— Tendría que ver, estaría bonito que fuese yo a buscar agua.

— Pues tienes que ir — replicó la madre —, y en seguida.

Después de una corta discusión, aquella indómita criatura accedió a ir, pero refunfuñando. No llevó el tosco cántaro, sino





el jarro de plata más lindo que había en la casa. Apenas llegó a la fuente, vió salir del vecino bosque una dama admirablemente vestida, que le pidió de beber. Era la misma hada que se apareciera a su hermana, si bien ahora había adoptado las maneras y el ropaje de una princesa para comprobar hasta dónde llegaba la grosería de la muchacha. Ésta, sin disimular siquiera su natural rebelde y soberbio, contestó con aspereza:

—¿Acaso he venido yo aquí para daros de beber?— Y añadió, sonriendo sarcásticamente: — Sin duda creéis que he traído un jarro de plata para dar de beber a la señorona. Variando de tono, prosiguió: — ¿Sabéis lo que os digo? Que bebáis de bruces, si queréis.

El hada, sin enfadarse por aquellos desplantes, dijo:

— Ciertamente, no sois amable. Está bien. Puesto que tan



poco servicial os habéis mostrado, os otorgo el don de echar por la boca, a cada palabra que pronunciéis, una serpiente o un sapo.

Cuando llegó a su casa, su madre la interrogó:

— ¿Cómo te ha ido? ¿Te has encontrado a alguien?

Y como al contestar salieran de su boca dos sapos y dos víboras, la madre, llena de cólera, creyendo que aquello era debido a maleficios de la hermana pequeña, corrió a buscar a ésta con ánimo de matarla.

La pobre niña al verla llegar armada con una barra de hierro, temió por su vida y escapó de la casa a refugiarse en el bosque inmediato. El hijo del rey, que regresaba de cazar, la encontró, y al verla tan linda la preguntó qué hacía allí tan sola y por qué lloraba.

— ¡Ay señor! — contestó la niña —. Es que mi madre me ha echado de casa.

El príncipe, al ver salir de su boca perlas, brillantes y flores, la suplicó que le explicase la razón de aquel prodigio, y la niña le refirió la aventura que le había sucedido en el bosque.

El príncipe, enamorado de la linda niña, y, no menos de su candorosa inocencia, la llevó a palacio y la presentó al rey, su padre. Hizo después que la instruyeran y la educaran con el mayor esmero, y pasados dos años, la tomó por esposa. Fueron toda su vida profunda y largamente dichosos.

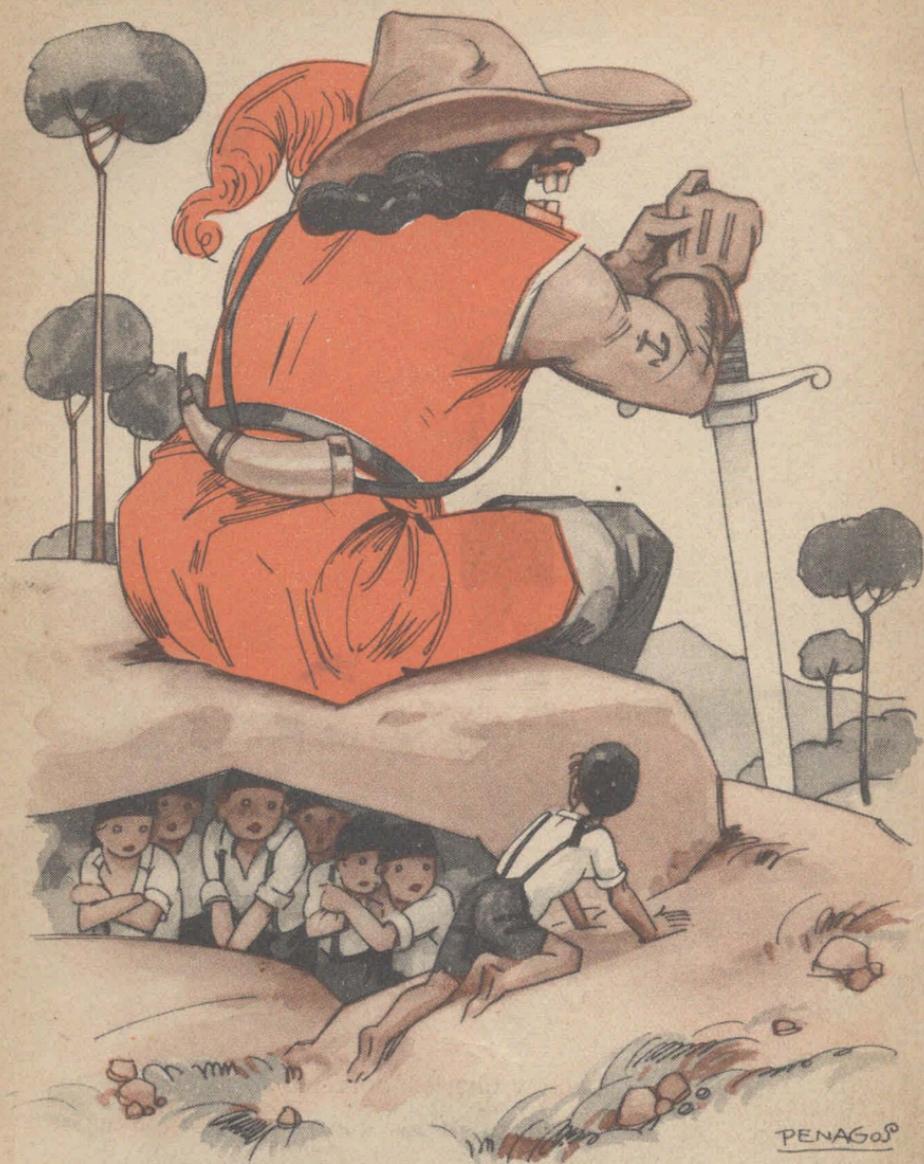
En cuanto a su hermana, se hizo tan aborrecible, que su propia madre tuvo que arrojarla de casa, y la desdichada, luego de mucho rodar sin que nadie quisiera admitirla, acabó sus días en el bosque, devorada por los lobos.





PULGARCITO





... el ogro, rendido por el esfuerzo que había hecho, se sentó casualmente a descansar sobre aquella peña y se quedó dormido.



PULGARCITO



UN leñador y una leñadora tenían siete hijos, todos pequeños, a los que no podían alimentar ni vestir porque aquel matrimonio era muy pobre y el marido ganaba muy poco en su oficio. El más chiquitín de los niños estaba muy delicado, y como apenas hablaba, creían que era tonto. Cuando vino al mundo abultaba aproximadamente

como un dedo pulgar, y por eso le llamaron Pulgarcito. Es verdad que hablaba poco; pero, en cambio, escuchaba mucho.

Aquel año fué tan malo y apretó tanto el hambre, que aquellas pobres gentes resolvieron deshacerse de sus hijos. Una noche, cuando los niños se habían acostado, el leñador, con el corazón oprimido, habló así a su mujer:

— Ya ves que no podemos dar de comer a los niños, y como no quiero sufrir el tormento de verlos morir de hambre, maña-



na haré que se extravíen en el bosque. Quizá algún alma caritativa los recoja.

La madre no se decidía a consentir en separarse de sus hijos: era pobre, pero era su madre. Sin embargo, reflexionando en lo doloroso que había de ser para ella verlos perecer, y considerando que acaso de aquel modo tuvieran la fortuna de salvarse, acabó por aprobar el plan de su marido, llorando amargamente.

Pulgarcito les oyó hablar desde su cama, y para enterarse de la conversación, se escurrió muy despacito, y como era muy diminuto, pudo deslizarse, sin ser visto, debajo de la banqueta

de su madre, desde donde se enteró de lo que sus padres se proponían hacer al día siguiente. Acostóse de nuevo, y, en lugar de dormir, estuvo pensando toda la noche en lo que debía de hacer. Al amanecer fué a la orilla de un arroyo y llenóse todos sus bolsillos de piedrecitas blancas, y cuando volvió no dijo nada a sus hermanos de lo que sabía.

Marcharon todos al bosque; los padres se ocuparon en hacer leña, y los niños en recoger ramaje seco para formar haces. En



un momento de descuido, los padres se alejaron primero un poco, luego algo más y, por fin, desaparecieron de repente por una vereda extraviada. Al verse solos, empezaron los niños a gritar y a llorar. Pulgarcito les dijo:

— No lloréis, hermanitos; yo os llevaré a casa. Seguidme.

Y andando por el camino que él había trazado con las piedras blancas, dejándolas caer al suelo cuando iban al bosque, llegaron a la casa, pero no se atrevieron a entrar, y se quedaron pegados a la puerta, escuchando lo que hablaban sus padres.

Cuando el leñador y su mujer volvieron a su hogar, el señor



del pueblo les llamó para pagarles diez escudos que les debía desde mucho tiempo antes, y con los que ya no contaban. Este inesperado ingreso les hizo revivir, porque los pobres se morían de hambre. Compraron provisiones, y aquella noche cenaron bien y con excelente apetito. Viéndose satisfechos y remediadas por el momento sus necesidades, la mujer empezó a lamentarse amargamente por la suerte de sus hijos, pensando dónde estarían y qué sería de ellos a aquellas horas. El marido no decía nada, pero también estaba afligidísimo y muy arrepentido de haberlos abandonado a su suerte.

La mujer lloraba a lágrima viva, exclamando:

— ¡Ay, pobres hijos míos! ¡Qué será de vosotros! ¡Daría cualquier cosa por volveros a ver!

Tan alto lo dijo, que sus lamentaciones llegaron a oídos de los niños, y empezaron a gritar todos a un tiempo:

— ¡Aquí estamos! ¡Aquí estamos!

Llena de alegría, abrió la puerta, y, abrazándolos a todos, les dijo:

— ¡Oh, qué felicidad, veros de nuevo! Pero venid, entrad,



que os dé de comer, porque estaréis muy cansados y tendréis mucha hambre.

Se sentaron a la mesa, y sus padres se llenaron de gozo al verlos comer, olvidando las tristezas y los sinsabores de aquel día. Aquellas buenas almas estaban contentísimas, y su alegría duró lo que duraron los escudos. Cuando se acabó el dinero, volvieron las dificultades, y pensaron de nuevo en abandonar a los niños, llevándolos esta vez mucho más lejos.

Pulgarcito se enteró, pero no pudo proveerse de piedras porque halló cerrada la puerta cuando quiso salir a recogerlas. Entonces se le ocurrió guardar el pedazo de pan que le habían dado para el desayuno, y luego, al ir al bosque, le dejó caer en miguitas a lo largo del camino. Los padres llevaron a los niños a un sitio del bosque muy lejano y muy obscuro, y los dejaron allí, mientras ellos se internaban por un sendero escondido.

La estratagema de Pulgarcito no dió resultado, porque los pájaros se comieron todas las migajas. Sumamente desconsolados, se pusieron en marcha, extraviándose cada vez más. Cuando llegó la noche se levantó un fuerte viento, y los pobres niños

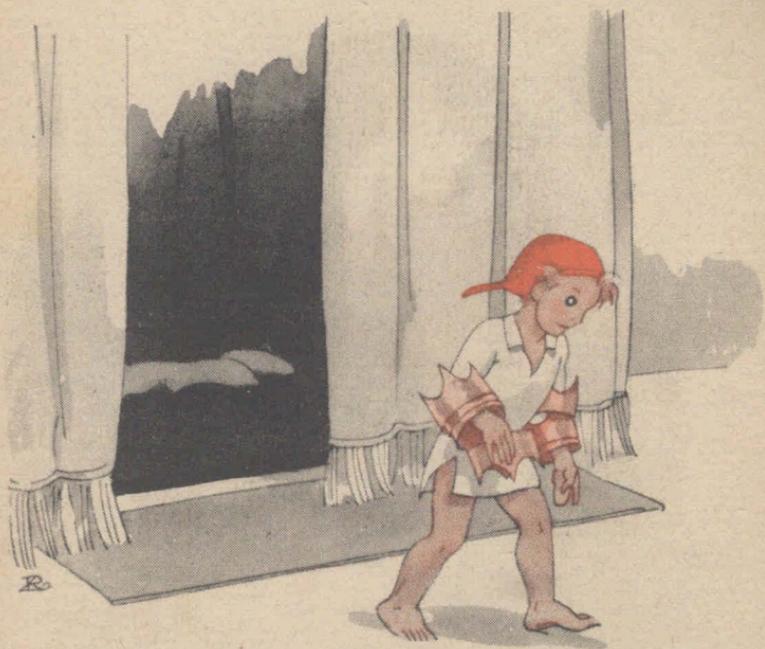


estaban tan asustados y tenían tanto miedo, que no se atrevían ni a hablar. A cada paso creían oír los aullidos de los lobos que acudían a devorarlos. Pulgarcito se encaramó a un árbol y divisó una lucecita lejana. Guiándose por ella, llegaron, después de grandes trabajos y fatigas, a la puerta de una casa.

Llamaron, y salió a abrirles una mujer, preguntándoles qué querían. Pulgarcito contestó que eran unos pobres niños que se habían extraviado en el bosque, y pedían por caridad que les dejase dormir allí. La mujer les dijo:

— ¡Ay, desgraciados, dónde habéis venido a parar! ¿No sabéis que ésta es la casa de un Ogro que se come a los niños?

— Señora, si no nos admitís en vuestra casa, nos devorarán



los lobos; y si ha de ser así, preferimos que sea vuestro marido. Además, ¡quién sabe!, puede que se apiade de nosotros si vos se lo pedís.

La mujer, compadecida, los dejó entrar en la cocina, donde estaba asándose un carnero entero para la cena del Ogro. En aquel momento llamó éste, y la mujer, después de esconder a los niños, fué a abrir la puerta. El Ogro se sentó en seguida para cenar. No hacía sino olfatear a derecha e izquierda, diciendo que le olía a carne fresca. Y levantándose de la mesa, se fué derecho a la cama y descubrió a los niños.

Después de amenazar a la mujer por haberlos escondido, dijo que aquellos chicos eran unas excelentes piezas para obse-



PENAGOS[®]

... sacó un cuchillo y se dispuso a cortarlos la cabeza...

quiar a tres ogros amigos suyos que iban a venir a verle. Sacó un cuchillo y se dispuso a cortarlos la cabeza. La mujer pudo disuadirle, diciendo que sería mejor matarlos al día siguiente. Aunque de mala gana, accedió refunfuñando, diciendo que los diera bien de cenar para que no adelgazasen.

El Ogro tenía siete hijas, que aún eran niñas. Estaban acostadas en una cama grande y cada una dormía con una corona de oro en la cabeza. En la misma habitación había otra cama de igual tamaño, y en ella acostó la mujer a los siete niños. Pulgarcito, temiendo que el Ogro se levantase de noche para matarlos, quitó las coronas a las niñas y se las puso a sus hermanos, y colocó en las cabezas de aquéllas los gorros de los niños. Poco después de haber hecho este cambio se levantó el Ogro y se dirigió a la cama de los niños, armado de su cuchillo, para degollarlos; pero al tocar las coronas, encaminóse a la de las niñas, sin advertir el engaño, porque caminaba a tientas para no despertarlos. Al palpar los gorros, las cortó a todas la cabeza en un momento, y se volvió a su cuarto.

Cuando Pulgarcito le oyó roncar, despertó a sus hermanos, y, saliendo muy despacito, llegaron al jardín y escalaron las tapias. Estuvieron corriendo toda la noche.

Al darse cuenta el Ogro, al día siguiente, de su terrible equivocación, montó en cólera y, poniéndose sus botas de siete leguas, corrió en persecución de los chiquillos, jurando matarlos en donde los encontrase. No tardó en ponerse a sus alcances, y los niños, muertos de miedo, se refugiaron en el hueco de una peña. El Ogro, rendido por el esfuerzo que había hecho, se sentó casualmente a descansar sobre aquella peña y se quedó dormido.

Pulgarcito dijo a sus hermanos que se marcharan a casa, de la que ya distaban poco trecho, y que le dejaran solo, sin pre-

ocuparse por él. Inmediatamente quitó al Ogro las botas con muchísimo cuidado y se las puso. Eran muy grandes, pero como estaban encantadas, se amoldaban al pie de la persona que se las calzaba. En pocos momentos llegó a casa del Ogro, y dijo a la mujer que venía de parte de su marido, como lo demostraba las botas que llevaba puestas, a pedirle que le entregara todas las alhajas y el dinero que tuviera, pues sólo así podría escapar con vida el Ogro del poder de unos terribles ladrones que le tenían prisionero, y pedían todos sus bienes por su rescate.

La mujer cayó en el garlito, y Pulgarcito, contentísimo, cargó con todas aquellas riquezas y se dirigió, con la enorme rapidez que le permitían sus mágicas botas, a casa de sus padres, donde fué recibido por éstos y por sus hermanos con grandes vítores. Libres ya de la miseria para siempre, gracias al valor y al ingenio de Pulgarcito, vivieron todos tranquilos y felices muchos años.



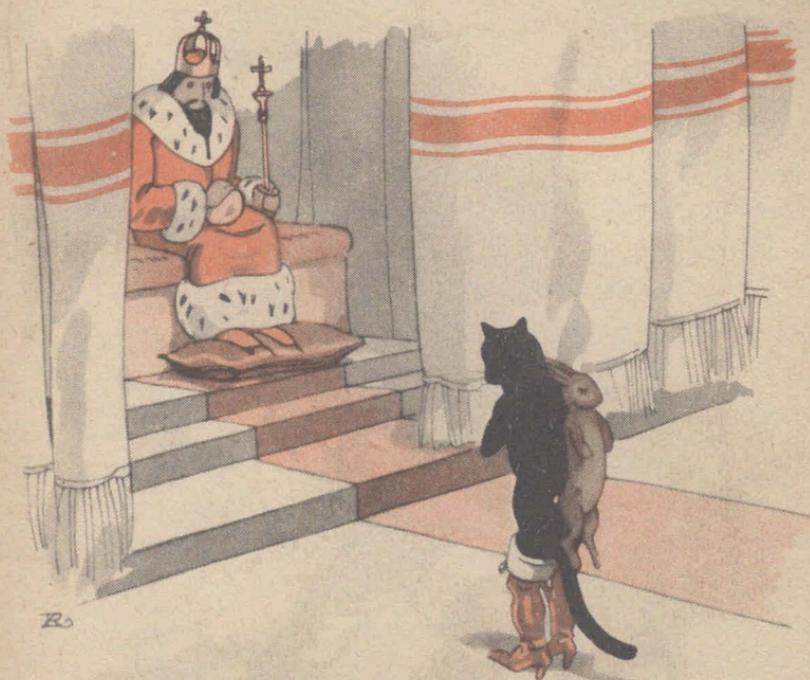


EL GATO CON BOTAS





*Y en el acto se transformó en un ratón, que empezó a corretear
por el suelo...*



EL GATO CON BOTAS

PUES señor, éste era un molinero que tenía tres hijos. Cuando murió, les dejó por toda fortuna un molino, un burro y un gato. En seguida hicieron las particiones sin necesidad de notario, que hubiese dado buena cuenta de la exigua herencia. El molino fué para el mayor; el burro para el de enmedio, y el gato para el pequeño.

Este último se lamentaba de lo poco que le había correspondido.

— Mis hermanos — decía — podrán ganarse honradamente la vida, asociándose; pero yo, así que me coma mi gato y me haga un manguito con su piel, me moriré de hambre.

El gato, que, aunque no lo parecía, oía estas lamentaciones, las puso término, diciendo:

— No os aflijáis tanto, amo mío. Dadme un saco y un par de botas para andar por entre la maleza, y quizá veáis que vuestra suerte no ha sido tan mala como pensáis.

El amo del gato no fiaba mucho en esta promesa; pero, por otra parte, había visto al gato usar tales ardidés y astucias para cazar ratones y ratas, colgándose por las patas, o escondiéndose entre la harina para hacerse el muerto, que no desesperó de que le socorriese en su desgracia.

Cuando el gato tuvo lo que había pedido, se calzó, y echándose el saco al hombro, cogió con las patas delanteras los cordones que le cerraban y se fué a un soto en donde había muchos conejos. Puso salvado y unas hojas de col dentro del saco, y tumbándose como si estuviese muerto, esperó a que algún conejillo, poco al tanto aún de aquellas trampas, se metiese en su talego para comer lo que en él había puesto.

Pronto vió cumplidos sus deseos; un atolondrado gazapo



se precipitó en el saco, y maese Gato, tirando inmediatamente de los cordones, le cogió y le mató sin piedad.

Contentísimo con su presa, se fué al palacio del rey y pidió permiso para hablarle. Hiciéronle subir a las habitaciones regias, y al entrar en ellas saludó profundamente y dijo al monarca:

— Aquí tenéis, señor, un conejo del soto del marqués de Carabás — éste fué el nombre que se le ocurrió dar a su amo — , en cuyo nombre yo os le ofrezco.

— Dile a tu amo — le contestó el rey — , que se lo agradezco y que es muy amable.

Otra vez fué a esconderse en un campo de trigo, siempre con su saco abierto, y cuando entraron en él dos perdices, tiró de los cordones y cogió a las dos. Luego corrió a ofrecérselas al rey, como hiciera con el conejo del soto. El rey aceptó, muy complacido, el regalo, y mandó que le diesen de beber al gato.

Éste continuó durante dos o tres meses llevando de cuando en cuando al rey algunas piezas cazadas por su amo. Un día supo que el rey iba a ir a la orilla del río a pasearse con su hija, que pasaba por ser la princesa más bonita del mundo, y dijo a su amo:

— Si queréis seguir mis consejos, está hecha vuestra suerte. Id a bañaros al río, en el sitio que os indicaré, y lo demás corre de mi cuenta.

El fingido marqués de Carabás hizo lo que su gato le indicaba, ignorando qué era lo que éste se proponía. Cuando pasó el rey, el gato empezó a gritar con todas sus fuerzas:

— ¡Socorro, socorro! ¡Que se ahoga el marqués de Carabás!

Al oír estos gritos el rey asomó la cabeza por la ventanilla del coche y reconociendo al gato, mandó a sus guardias que corriesen en auxilio del marqués.



En tanto que sacaban a éste del río, se acercó el gato al carruaje y dijo al rey que mientras su amo se bañaba, unos ladrones le habían robado la ropa. El muy tunante la había escondido debajo de una piedra.

El rey ordenó que fuesen a buscar uno de sus mejores trajes para el marqués. Luego, le colmó de atenciones, y como el precioso traje que acababa de vestirse realzaba su buena presencia, pues él era guapo y gallardo, la hija del rey le encontró muy de su gusto, y no bien el marqués la hubo dirigido dos o tres miradas muy respetuosas y un poco tiernas, acabó la princesa por enamorarse de él.

El rey quiso que el marqués subiese a su coche y los acompañase en su paseo. El gato, gozoso al ver que se cumplía su plan, se adelantó, y como viese a unos segadores, les dijo:

— Si no decís al rey que este campo de trigo que segáis es del marqués de Carabás, os haré picadillo a todos.

Cuando pasó el rey y preguntó a los segadores de quién era aquel campo, ellos, amedrentados por la amenaza del gato, contestaron sin vacilar:

— Del señor marqués de Carabás.

— Tenéis un hermoso campo, marqués.

-- Sí; es bastante bueno y me produce mucho.



Una cosa análoga sucedió con unos viñedos que encontraron después. El gato se adelantaba para prevenir a los labriegos que los cultivaban, y éstos contestaban a las preguntas que el rey les dirigía, afirmando que el dueño de aquellas heredas era el marqués de Carabás. El rey llegó a adquirir la convicción de que el marqués poseía inmensas propiedades.

Pero, en realidad, todas pertenecían a un ogro riquísimo. El gato, antes de concebir su ingenioso proyecto, se había enterado previamente de todo esto, y siguiendo adelante en la ejecución de sus planes, se dirigió por último al magnífico castillo en que habitaba el ogro y pidió permiso para hablar con él, diciendo que no había querido pasar tan cerca de allí sin tener el honor de saludarle.

El ogro le recibió cortésmente, y el gato le preguntó:

— ¿Es verdad lo que me han dicho, que tenéis el don de convertirlos en toda clase de animales, en león, en elefante...?

— Ciertísimo. Vais a ver cómo me transformo en un león.

El gato se asustó tanto al ver un león frente a él, que se encaramó al tejado. El ogro recobró su forma primitiva y el gato bajó, confesando que había tenido mucho miedo.

— Me han dicho también, pero yo no lo creo, que podéis convertirlos también en animales muy pequeños, por ejemplo, en un ratón. Eso es imposible.

— ¿Imposible? — replicó el ogro —. Ahora lo veréis.

Y en el acto se transformó en un ratón, que empezó a corretear por el suelo. Pero el gato, rápido como el rayo, se lanzó sobre él y se le comió.

El rey, al pasar por el castillo, quiso entrar en él, y el gato salió a recibirle, diciendo:

— Sea bien venido vuestra majestad al castillo del señor marqués de Carabás.

— ¡Cómo, marqués! ¿También es vuestro este castillo? Os felicito; es soberbio, una preciosa posesión. Veámosle por dentro.

El marqués dió la mano a la princesita y, siguiendo al rey que subía delante, entraron en una vasta sala donde aparecía servida una exquisita merienda que el ogro había mandado preparar para obsequiar a los amigos que debían visitarle aquella tarde. El rey, entusiasmado, dijo:

— Marqués, de vos sólo depende que seáis mi yerno.

El marqués, haciendo una profunda reverencia, aceptó el honor que el rey le dispensaba, y a los pocos días se casó con la princesa. El gato se convirtió en un señorón y ya no volvió a correr tras de los ratones, como no fuera para entretenerse.

No siempre es imposible conseguir cosas que se reputan de tales. A veces la habilidad, el ingenio y la prudencia, si se manejan con acierto, pueden vencer las mayores dificultades.





RIQUET EL DEL HODO





Apenas la princesa hubo pronunciado estas palabras, le pareció que el príncipe se convertía en un gallardísimo mancebo.



RIQUET EL DEL HOPO



NA reina dió a luz un niño tan feo y tan deforme, que durante mucho tiempo dudaron de que tuviera forma humana. El hada que presenció su nacimiento aseguró que agradaría mucho porque tendría mucho ingenio; y añadió que en virtud del don que acababa de otorgarle podría comunicar un talento igual al



suyo a la persona que más quisiese. Esto consoló un poco a la reina, que estaba muy triste por haber traído al mundo un chiquillo tan feo.

Olvidaba decir que nació con un mechoncito de pelo en la frente, por lo que le llamaron Riquet el del hopo. Cuando empezó a hablar dijo cosas lindísimas, y se advertía en él tanto ingenio, que todos estaban entusiasmados.

Al cabo de siete años la reina de un país vecino tuvo dos niñas gemelas; la que nació primero era hermosa como un sol, y la otra, feísima como ella sola. Asistió al nacimiento la misma hada que presencié el de Riquet el del hopo, y aseguró que la que era tan bonita no tendría ingenio y sería tan tonta como hermosa. En cambio la otra — dijo — tendrá tanto talento que no se echará de ver que carece de belleza.

Entonces la reina, muy afligida, preguntó al hada:

— ¿Y no podrías hacer que la mayor, que es tan guapa, tuviera siquiera un poco de ingenio?

— Por lo que respecta al talento, nada me es dable hacer,

señora — contestó el hada — ; pero en lo que toca a la belleza, todo lo puedo, y como yo deseo complaceros en lo que esté a mi alcance, voy a otorgar a la niña el don de que pueda volver hermosa a la persona que le agrade.

A medida que las dos princesas fueron creciendo, sus perfecciones crecieron con ellas, y no se hablaba de otra cosa en todas partes que de su hermosura y talento respectivos. También sus defectos aumentaron con la edad; la pequeña se afeaba por momentos, y la mayor cada día era más tonta. Y además, torpe; no sabía colocar una porcelana en la repisa de la chimenea sin romperla, ni beber un vaso de agua sin derramar la mitad encima de su vestido.

A pesar del gran atractivo de su soberana belleza, en las reuniones y fiestas de palacio lucía más su hermana. Al pronto, todas se iban con la más guapa para verla y admirarla; pero en seguida buscaban la compañía de la pequeña para disfrutar de su talento. Era frecuente ver que al cabo de un cuarto de hora la mayor no tenía a nadie a su alrededor, y que todo el mundo





rodeaba a la pequeña. Aquélla, aunque muy tonta, lo notó, y con gusto hubiera dado toda su hermosura por la mitad del talento de su hermana. La misma reina, a pesar de que era prudente, no pudo menos de mostrarla su desagrado algunas veces por tan supina necesidad, con lo cual la pobre princesa estuvo a punto de morir de perla.

Un día fué al bosque para llorar allí a solas su desventura, y vió que se acercaba a ella un hombrecillo muy feo y en extremo desagradable, pero muy bien vestido. Era el príncipe Riquet el del hopo, que se había enamorado de tan linda princesa por los retratos que circulaban por todas partes, y acudía a la corte para admirarla. Contentísimo por encontrarla sola, se acercó a ella y la saludó con el mayor respeto y cortesía. Al observar la profunda aflicción que se retrata en su semblante, la dice:



— No comprendo, señora, cómo una persona tan hermosa puede estar tan triste; porque aunque he visto infinidad de muchachas hermosas, os aseguro que no he visto ninguna cuya belleza se acerque a la vuestra.

— Decís eso porque sois muy amable, caballero.

— La belleza — continuó Riquet — es, sin duda, el don más apetecible, y cuando se posee no creo que haya nada en el mundo capaz de entristecernos demasiado.

— Os engañáis. Yo preferiría ser tan fea como vos y tener talento, a ser hermosa y tan tonta como soy.

— La mejor señal del talento es creer que se carece de él; por eso, cuanto menos cree uno tener, más tiene.

— Ignoraba eso — replicó la princesa — ; lo que sí sé es que soy muy tonta, y de ahí proviene la pena que amarga mi vida.



— Si no es más que eso lo que os entristece, yo puedo fácilmente poner término a vuestro dolor, señora.

— Si no es más que eso lo que os entristece, yo puedo fácilmente poner término a vuestro dolor, señora.

— ¿De qué manera? — preguntó la princesa.

— Yo tengo el poder de comunicar todo el ingenio que es dado poseer, a la persona a quien más haya de amar; y como esa persona sois vos, sólo de vos depende que tengáis todo el talento que es posible tener, con esta única condición: que consintáis en casaros conmigo.

La princesa quedóse pensativa, y no contestó.

— Veo — continuó Riquet el del hopo — que mi proposición no os entusiasma, y no me sorprende; pero os concedo un año para decidirlos.

La princesa tenía tan poco talento y al mismo tiempo un afán tan grande de tenerlo, que no tardó en aceptar la propuesta que acababan de hacerla. Además, la daban un plazo para cumplir su compromiso, y un año es tan largo y pueden suceder en él tantas cosas. . .

No bien hubo prometido a Riquet el del hopo que se casaría con él al cabo de un año, cuando se sintió completamente cambiada; tenía una facilidad increíble para decir cuanto se le antojaba, y para decirlo con elegancia, con soltura y con naturalidad. En aquel momento entabló una ingeniosa y animada conversación con Riquet en la que hizo tan brillante y lucido papel, que Riquet creyó haberse excedido dándola más talento del que para sí mismo se reservara.

Cuando la princesa regresó a palacio, todos quedaron asombrados sin saber a qué atribuir aquel cambio tan repentino y tan extraordinario. En lugar de las mil impertinencias que antes la escuchaban, a la sazón la oían decir cosas sumamente sensatas y en extremo ingeniosas. En la corte experimentaron vivísima

alegría; la única que no participaba del regocijo general era la hermana menor. Naturalmente; como que su talento, que era el que la hacía brillar, quedaría anulado con el realce que la radiante hermosura de su gemela habría de prestar a un ingenio análogo, si no superior al suyo.

Bien pronto la noticia de esta transformación se extendió por todas partes, y los príncipes de los reinos vecinos pusieron empeño en hacerse amar de ella, y casi todos la pidieron en



matrimonio; pero ella, acogiéndolos a todos cortésmente, con ninguno quiso comprometerse. Pero se presentó uno tan poderoso, tan rico, tan inteligente y tan gallardo, que no pudo por menos que mirarle con benevolencia. Su padre, al advertirlo, la dijo que eligiera esposo con absoluta libertad, pues fiaba enteramente en su discreción. Sin embargo, suele suceder que cuanto más talento tiene una persona, tanto más trabajo le cuesta decidirse sobre este particular, y esto le ocurrió a la princesa, quien, después de dar las gracias a su padre, le pidió que la concediese algún tiempo para reflexionar.

Por casualidad fué un día a pasearse al mismo bosque en que encontrara a Riquet el del hopo, para meditar a solas sobre la grave resolución que debía tomar. Caminaba profundamente

pensativa, cuando creyó oír el rumor de la conversación que sostenían algunas personas, no lejos, sin duda, del sitio en que se encontraba.

Salió de la arboleda y quedó absorta al contemplar en una explanada en que el bosque desembocaba un espectáculo por demás extraño en aquellos parajes.

Vió una porción de personas atareadísimas, que se ocupaban, al parecer, en los preparativos de un magno festín. Eran coci-



neros, pinches y criados que se movían rápidamente en derredor de una inmensa cocina al aire libre; unos guisaban, mientras otros armaban y disponían una serie de mesas destinadas a los comensales de aquel banquete.

La princesa, maravillada ante esta singular escena, se acercó y preguntó a uno de los criados quién había ordenado disponer aquellos preparativos y cuál era el motivo de la fiesta. El criado contestó:

— El príncipe Riquet, cuyas bodas se celebrarán mañana.

La princesa, más sorprendida que nunca, recordó de repente que hacía un año por aquella misma fecha había prometido a Riquet casarse con él.

Prosiguió su paseo pensando en aquel compromiso, y aún



no había andado treinta pasos, cuando surgió ante ella el propio Riquet, elegantísimo, como un príncipe que va a casarse.

Cuando ella se hubo repuesto un poco de la sorpresa que el encuentro la produjo, exclamó el príncipe:

— Aquí me tenéis, señora, dispuesto a cumplir mi palabra. Seguramente que vos habéis venido a cumplir también la vuestra.

— Os confieso francamente que aún no me he decidido; y a decir verdad, me parece que nunca podré tomar la resolución que deseáis — respondió la princesa.

— ¿Es posible? Me dejáis atónito, señora — replicó Riquet.

— Lo creo — repuso la princesa, que había recobrado su aplomo —. Si tuviese que habérmelas con un hombre sin talento y sin educación, no sabría cómo salir del apuro. Una princesa, me diría, debe de ser esclava de su palabra, y, por tanto, tenéis que casaros conmigo puesto que me lo habéis prometido. Afortunadamente para mí, vos sois un hombre que pasa por ser el más inteligente del mundo, y sabréis apreciar toda la fuerza de mi razonamiento. Ya sabéis — prosiguió — que cuando yo no



era más que una mujer tonta e insulsa, no pude resolverme a casarme con vos; ¿cómo queréis que ahora, que tengo el talento que me habéis dado, y gracias al cual soy mucho más exigente de lo que entonces era, tome una resolución a la que no me decidí en aquel tiempo? Si es que deseabais casaros conmigo, hicisteis muy mal en quitarme mi tontería, haciéndome ver las cosas con la claridad con que ahora las veo.

—Vuestra argumentación — replicó prontamente Riquet — peca de injusta. Si a un hombre sin talento le consentiríais que os echase en cara vuestra falta de palabra, ¿por qué no habéis de permitírmelo a mí, tratándose de una cosa de la que depende la felicidad de toda mi vida? ¿Acaso las personas de talento han de ser de peor condición que las que no lo tienen? ¿Podéis pretender eso vos, que tenéis tanto y que tanto habéis deseado tenerlo? Pero, dejando esto a un lado, contestadme con franqueza. ¿Hay algo en mí, aparte de mi fealdad, que os desagrada? ¿No os satisface mi estirpe, mi talento, mi carácter o mi manera de ser?

— ¡Oh, de ningún modo! — respondió la princesa, con mal reprimido entusiasmo —. Por todo cuanto revela lo que acabáis de decir, me gustáis muchísimo.

— ¡Ah! Pues en ese caso, si sólo mi cara y mi deforme figura son las que os desagradan, yo voy a ser muy dichoso, puesto que podéis convertirme en el más seductor de los hombres.

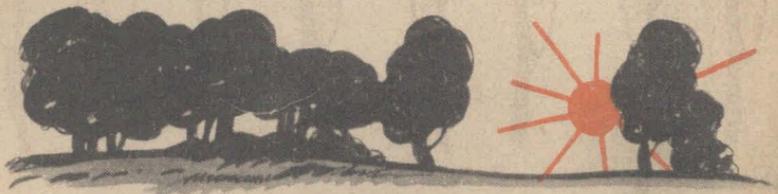
— ¡Yo! — exclamó estupefacta la princesa. Y con muestras de vivo interés, agregó: — ¿Y cómo?

— Sencillamente, deseándolo, si me amáis lo bastante para querer que eso suceda. Escuchadme. El hada que me concedió el don de hacer inteligente a la persona que yo quisiera, os otorgó también a vos, cuando nacisteis, la merced de volver hermoso a quien amáis y quisiéseris hacerle este favor.

— ¡Oh! Pues si es así — exclamó arrebatadamente la princesa —, deseo con toda mi alma que os convirtáis en el príncipe más guapo y más seductor del mundo.

Apenas la princesa hubo pronunciado estas palabras, le pareció que el príncipe se convertía en un gallardísimo mancebo.

La princesa le prometió casarse inmediatamente con él, siempre que obtuviese del rey, su padre, el obligado consentimiento. Cuando el rey supo que su hija quería a Riquet el del hopo, a quien ya conocía por su fama de inteligente y discreto, le aceptó con suma alegría por yerno. Al día siguiente, como había previsto Riquet por las órdenes que anticipadamente diera, se celebraron las bodas en medio del regocijo y la alegría de todos.



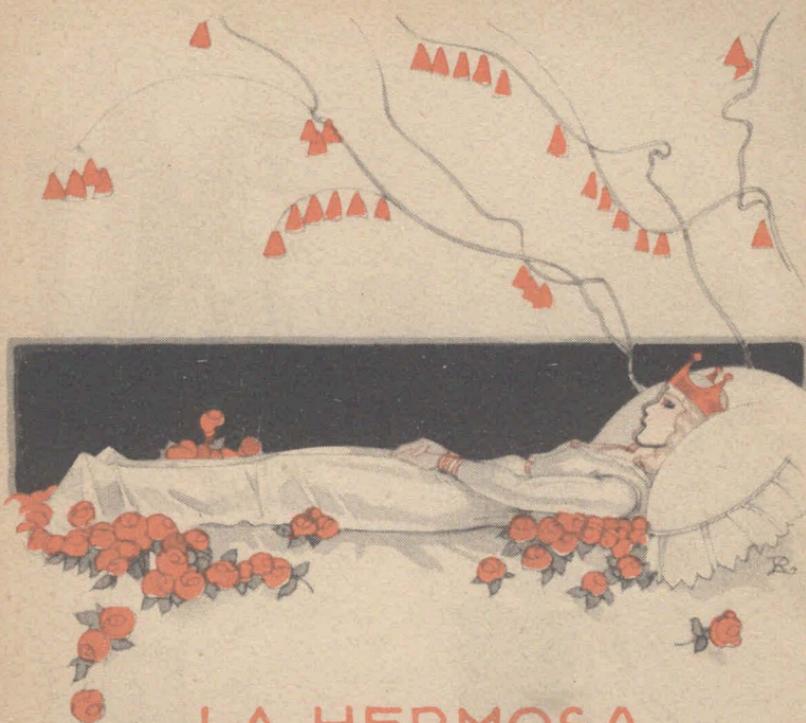


LA HERMOSA DEL BOSQUE ENCANTADO





— ¡Oh! ¿Sois vos, príncipe mío? Os estaba esperando...



LA HERMOSA DEL BOSQUE ENCANTADO



N rey y una reina de un país oriental estaban muy disgustados porque después de varios años de matrimonio no habían tenido ningún hijo. Cuando menos lo esperaban les nació una niña preciosa, y su regocijo y su alegría fueron inmensos. Al ver satisfechos sus ardientes deseos, dispusieron que el bautizo fuese esplén-

dido. Dieron por madrinas de la princesita a todas las hadas que pudieron encontrar, que fueron siete, con el fin de que otorgándola cada una un don, como era costumbre, la recién nacida reuniera todas las perfecciones imaginables.

El festín con que se celebró el acto fué suntuoso, y a él asistieron, además de las hadas, todo lo mejor del reino. A cada hada le regalaron un magnífico cubierto de oro encerrado en un soberbio estuche de piel y terciopelo, guarnecidas todas las piezas



con piedras preciosas. En el momento de sentarse a la mesa, vieron entrar a una hada muy vieja, que no había sido invitada, porque llevaba muchos años sin salir de su torre, y todos la creían muerta o encantada. El rey hizo que la dieran un cubierto igual al de las demás; pero no pudo regalarla un estuche idéntico porque sólo se habían mandado hacer siete. La anciana lo tomó a desaire y murmuró por lo bajo algunas amenazas. Una de las hadas jóvenes, que estaba a su lado, notó su contrariedad, y temiendo que pudiera hacer a la princesita algún regalo poco grato, fué a ocultarse, en cuanto terminó el banquete, detrás de unos tapices, para poder hablar la última y reparar en lo posible el daño que la vieja causara, si se dejaba llevar de su resentimiento.

Una de las hadas dió a la niña el don de la hermosura; otra,

el de la sabiduría; otra, el de una bondad angelical; otra, dijo que todo lo haría con extraordinario primor; otra, que bailaría admirablemente, y otra, que cantaría como un ruiseñor. Cuando le llegó el turno a la vieja, dijo con voz temblona, más por el despecho que por los años, que cuando la niña cumpliera quince años se pincharía un dedo con un huso, de resultas de lo cual moriría.

Al oír lo cual, todos los presentes se estremecieron; pero



saliendo el hada joven de su escondite, acalló las protestas que empezaban a surgir, diciendo:

— Tranquilizaos todos; la niña no morirá. Es verdad que la niña se pinchará el dedo con un huso, porque yo no tengo poder suficiente para deshacer por completo lo que mi hermana mayor ha pronosticado; pero en lugar de morir, tan sólo quedará sumida en profundo sueño, que durará cien años, al cabo de los cuáles vendrá el hijo de un rey a despertarla.

El rey, para impedir aquella desgracia, ordenó que se quemasen todos los husos y ruecas que hubiese en el reino, y prohibió que se hiciese uso en adelante de esos artefactos para hilar.

Cuando la niña hubo cumplido quince años, se la ocurrió un día visitar algunas dependencias de palacio del último piso, que

PENAGOS



— ¿Qué hacéis, buena mujer?
— Estoy hilando, hermosa niña...

no conocía. Después de verlas todas, incluso las boardillas, entró, por último, en un cuartito muy pequeño situado en lo alto de un torreón, en el que encontró a una vieja que allí vivía completamente sola, hilando en una rueca. No se había enterado de las órdenes del rey prohibiendo hilar con huso.

La princesa, que ignoraba la existencia de aquellos objetos, la preguntó:

— ¿Qué hacéis, buena mujer?

— Estoy hilando, hermosa niña — contestó la vieja, sin saber que era la princesa quien la hablaba.

— ¡Oh, qué curioso es eso! Dadme, a ver si lo sé yo hacer.

No bien cogió el huso, se le clavó en un dedo y cayó al suelo desmayada, cumpliéndose la predicción de las hadas.

La vieja, apuradísima, pidió socorro, y en seguida acudieron todos. A pesar de los muchos cuidados de diversa índole que prodigaron a la princesa, no consiguieron que recobrará el conocimiento. Entonces el rey comprendió que había sucedido lo que no tenía más remedio que suceder, y ordenó que llevasen a la princesa a un salón del palacio y la acostasen en un suntuoso lecho con brocados de oro y plata. Estaba tan hermosa como siempre; su desmayo no había apagado los vivos colores de su tez; sus mejillas y sus labios estaban sonrosados; tenía los ojos cerrados, pero se la oía respirar con regularidad, señal de que no había muerto. El rey mandó que la dejasen dormir en paz hasta que le llegase la hora de despertar.

El hada que la había salvado llegó inmediatamente que supo la fatal noticia, y aprobó todo lo dispuesto por el monarca; pero pensó que iba a ser muy doloroso para la princesa encontrarse sola en aquel enorme caserón, cuando despertase al cabo del tiempo. Para remediar este inconveniente, tocó con su varita mágica



a cuantos estaban en el palacio, excepto al rey y a la reina, e inmediatamente lo mismo las damas de honor que las camaristas, los gentileshombres, ujieres, mayordomos; cocineros, pinches, guardias, así como también los caballos, perros y demás animales, quedáronse profundamente dormidos para no despertar sino cuando su ama lo hiciese. Merced a este recurso, la princesa tendría quien la sirviese al volver de nuevo a la vida.

El rey y la reina, llenos de aflicción, besaron a su hija y abandonaron el palacio para siempre. En cuanto ellos salieron, empezó a crecer alrededor del parque una cantidad tal de árboles, de arbustos, zarzas y espinos, y se entrelazaron de tal modo que nadie hubiese podido penetrar allí; tan sólo se divisaban, y desde lejos, los altos torreones del palacio.

Como los reyes habían fallecido sin sucesión, la corona pasó a una dinastía distinta, y transcurridos los cien años, el hijo del rey que entonces ocupaba el trono, yendo un día de caza por aquellos lugares, preguntó qué torreones eran aquéllos que se veían a lo lejos.

Cada uno de los que le acompañaban le dió una versión distinta de aquel palacio, si bien todos coincidían en asegurar que se trataba de cosa de encantamiento; pero un aldeano que siempre había vivido en aquellas cercanías, dijo al príncipe que



hacia más de cincuenta años su padre le refirió que en aquel palacio habitaba una princesa, la más hermosa del mundo, que había de permanecer dormida cien años, transcurridos los cuales la despertaría un hijo de un rey con el que había de casarse.

El hijo del rey sintió una emoción extraña, y no dudó de que él era el llamado a llevar a cabo aquella aventura. Impulsado por la sed de gloria y por la belleza que le habían pintado de la princesa, resolvió poner inmediatamente manos a la obra. Apenas se hubo aproximado al parque, todos los árboles, las zarzas y los espinos, se apartaron por sí mismos para dejarle pasar. Echó a andar por una vereda, a cuyo final se divisaba el palacio, sin que ninguno de sus acompañantes le siguiera, porque los árboles volvieron a cerrarse tan pronto como él entró, formando de nuevo el cerco natural que había impedido que hasta entonces nadie penetrase en aquel recinto.

El príncipe, sin embargo, siguió andando sin miedo, porque era joven, valiente y estaba enamorado. Reinaba un silencio payoroso en aquel ambiente; vió numerosas personas y animales que parecían muertos, pero que no debían estarlo, porque la regularidad de sus facciones y, sobre todo, el color sonrosado de su rostro y de sus manos, denotaban vida en aquellos cuerpos.

Cruzó un patio espacioso pavimentado de mármol; subió una

escalera, a cuyo final estaban unos guardias formados en doble fila. Atravesó varias habitaciones en las que veía a damas y caballeros durmiendo, unos en pie y otros sentados. Y llegó, por fin, a un gran salón dorado, y allí sus ojos contemplaron el espectáculo más extraordinario que nunca pudo imaginar. Sobre un suntuoso lecho descansaba el cuerpo de una joven, como de quince años, regiamente ataviada con una corona de oro y pedrería ceñida a sus sienes. Su rostro era tan prodigiosamente bello, que el príncipe, trémulo de admiración, acercóse y se arrodilló a su lado.

En aquel preciso momento la princesa se despertó, y mirando a su visitante con amorosa ternura, díjole con dulcísima voz:

— ¡Oh! ¿Sois vos, príncipe mío? Os estaba esperando.

Aquellas palabras sonaron en los oídos del príncipe como deliciosa música. Arrebatado de entusiasmo ofreció a la joven princesa amarla eternamente, y los dos, transportados de alegría



B.

y de felicidad, dejaron correr las horas entregados a la dulce tarea de imaginar planes de próxima y perdurable ventura.

Mientras tanto, todos los habitantes del palacio habían despertado al mismo tiempo que su joven señora, y entregádose cada cual a la faena en que estaban ocupados cuando se durmieron. Por la noche celebróse un gran banquete de gala en el salón de espejos en honor de los futuros esposos, y concluída la fiesta, trasladáronse todos a la capilla del palacio, donde el capellán de la corte bendijo la unión de los jóvenes príncipes. Todos desfilaron ante ellos, besándoles la mano en señal de homenaje, y felicitaronlos con gran cariño y alegría por su enlace.

Al día siguiente el príncipe se despidió de su esposa para volver a la corte del rey, su padre, que debía estar inquieto por su tardanza.

El príncipe no se atrevió a decir que se había casado, más por miedo a su madre que a su padre. Éste era muy bonachón; pero aquélla descendía de familia de ogros, y se murmuraba que sentía las inclinaciones de esa casta, por lo cual cuando veía a los niños tenía que hacer grandes esfuerzos para no precipitarse sobre ellos y devorarlos.

Puso como pretexto por su tardanza, que habiéndose extraviado durante la caza, tuvo que pasar la noche en el bosque, en la choza de un carbonero. El padre le creyó fácilmente; no así la madre, que se quedó pensativa y recelosa. Sus sospechas de que algo anormal sucedía en la vida del príncipe, aumentaron al observar que casi todos los días salía de caza, y que a veces permanecía días enteros fuera, sin venir a dormir. Supuso que andaba enamorado.

El príncipe y su esposa vivieron así más de dos años, y tuvieron dos hijos: una niña y un niño. A aquélla, que era la mayor,



la llamaron Aurora, y al niño le pusieron por nombre Día, porque era aún más lindo que su hermana. La reina madre, para obligar a su hijo a que se explicase con ella claramente y le confesase la verdad, le dijo varias veces que ella no se opondría nunca a su casamiento, aunque eligiese por esposa a una mujer de humilde condición; pero el príncipe no se atrevió a confiarle su secreto, pues aunque la amaba, temía por la vida de sus hijos.

A los dos años murió el rey repentinamente, y el príncipe heredó la corona. Al verse dueño y en posesión de sus Estados, declaró públicamente su matrimonio, y con gran pompa fué a buscar a su esposa a su palacio para trasladarla a la corte. Hicieronle un recibimiento triunfal al entrar en la capital al lado de sus hijos. Todos alabaron la belleza y la modestia de la nueva reina, que fué entusiásticamente aclamada.

Desgraciadamente, el rey tuvo que salir en seguida con sus tropas para luchar contra las del emperador de un país vecino.

que le había declarado la guerra. Encargó de la regencia a su madre, y ésta vió llegada la ocasión de satisfacer su horrible apetito. Envió a su nuera y a sus nietos a una casa de campo, adonde ella se trasladó también poco después. Una noche dijo a su cocinero:

— Mañana quiero comerme a Aurorita.

— ¡Por Dios, señora! — murmuró el pobre hombre.

— He dicho que lo quiero, y basta.

El cocinero comprendió que con aquella ogresa no podía andarse con bromas. Cogió su cuchillo y subió al cuarto de la niña, que le recibió saltando y brincando, y le pidió caramelos. Al ver a aquella inocente criatura, el cocinero se echó a llorar y el cuchillo se desprendió de sus manos. Corrió al establo, degolló un corderito y le guisó con una salsa tan exquisita, que su ama aseguró que nunca había comido cosa tan rica. El cocinero llevó a la niña a su mujer, encargándola que la escondiese en una habitación oculta.

Ocho días más tarde le dijo la malvada reina:

— En la cena de mañana, quiero comerme a mi nietecito Día.

El cocinero repitió la estratagema de la vez anterior, y su mujer escondió al niño en la misma habitación en que estaba Aurorita. En su lugar presentó en la cena un cabritillo muy tierno, que la ogresa encontró delicioso.

Todo había salido bien, pero una noche la perversa reina dijo al cocinero:

— Quiero comerme a mi nuera en la misma salsa que a sus hijos.

Esta vez desconfió de poder engañarla, porque ¿dónde iba a encontrar un animal con que sustituirla? Para salvarse, decidió sacrificar a la reina, y así se lo expuso sin rodeos, diciéndola que

aunque contra su voluntad, no tenía otro remedio que obedecer las órdenes que había recibido.

La reina, que estaba muy triste desde que sus hijos habían desaparecido, no ofreció resistencia, diciendo que casi se alegraba de su muerte, pues así iría a reunirse con sus niños, a los que ella creía muertos.

— No, no señora — exclamó el cocinero conmovido, al ver aquella sublime resignación — ; ni moriréis vos, ni han muerto vuestros hijos, a los que tengo yo escondidos. Ahora mismo os voy a llevar a su lado. Y la explicó todo lo que había sucedido.

Guisó luego una cierva, y se la ofreció a la reina. Ésta, satisfechos ya sus brutales instintos, pensó decir al rey cuando volviese que los lobos habían devorado a su mujer y a sus hijos.

Una tarde en que recorría las dependencias apartadas de la casa, en busca de carne fresca, oyó llorar a Día porque su madre le reñía por haber cometido una travesura; y escuchó también la voz de Aurorita, que intercedía en favor de su hermano. Terriblemente furiosa al ver que había sido engañada, ordenó disponer al día siguiente un gran tonel en medio del patio, y meter en él sapos, víboras y otra porción de bichos venenosos, con el propósito de echar dentro a su nuera, a los niños, al cocinero, a su mujer y a la criada.

Iban ya los verdugos a ejecutar tan horrible venganza, cuando el rey, a quien no se esperaba tan pronto, se presentó de improviso en el patio. La ogresa, considerándose perdida, sufrió un acceso de furor y se tiró de cabeza al tonel, donde en un momento fué devorada por los reptiles.

No dejó de lamentarlo el rey — era su madre, al fin y al cabo — , pero bien pronto se consoló con las caricias que su esposa y sus hijos le prodigaron.



CAPERUCITA ROJA





Poco después de entrar en el bosque se encontró con el compadre Lobo.



CAPERUCITA ROJA

EN un pintoresco pueblecito vivía una niña, que era un primor por todos estilos. Su pelo, negro y brillante, contrastaba con sus ojos azules como el cielo; su carita, levemente sonrosada, parecía de nácar, y sus facciones, todas de una corrección y pureza de líneas admirables, ofrecían un conjunto encantador. Por otra parte, su

sonrisa era tan dulce y se reflejaba de tal manera el candor y la inocencia a través de la limpia mirada de sus ojos, que ganaba instantáneamente la estimación y el cariño de cuantos la veían.

Su madre estaba loca con ella, y su abuelita, más loca todavía. Llamábanla todos Caperucita Roja, y provenía este nombre de que una vez su madre la hizo una caperuza de aquel color y la encontraron tan mona, tan linda, tan deliciosamente bonita con aquel adorno, que ya no supieron llamarla de otro modo.

El día de nuestro cuento había amasado y cocido la madre de Caperucita unas tortas. Cuando las sacó del horno llamó a la niña y la dijo:

— Hija mía, vas a ir a casa de tu abuelita a enterarte de cómo se encuentra, porque me han dicho que ha estado algo enferma. De paso la llevas estas tortas y esta orcita de manteca.

Poco después de entrar en el bosque, se encontró con el compadre Lobo. El feroz animal tenía las orejas tiesas, enmarañada la áspera pelambreira, los ojos centelleantes y en su boca, entreabierta, veíanse unos colmillos blancos, largos y afiladísimos. Estaba muerto de hambre, y su primer impulso fué lanzarse sobre la niña y devorarla. Pero se contuvo al advertir la cercana presencia de algunos leñadores que recogían ramas secas de los árboles.

Saludó ceremoniosamente a la niña y la preguntó adónde iba. Caperucita ignoraba que era peligroso pararse a conversar con un lobo, y le contestó:

— Voy a ver a mi abuelita y a llevarle unas tortas y una orcita de manteca, de parte de mi madre.

— ¿Vive muy lejos? — dijo el lobo.

— ¡Oh, sí! Bastante. Más allá del molino que se ve allá abajo, en la primera casa de aquel pueblo.



— Pues yo también quiero ir a verla — replicó el lobo — .
 ¿Quieres que apóstemos a ver quién llega antes? Tú vas por este camino, y yo por aquél.

El lobo echó a correr a toda velocidad por el camino más corto, mientras la niña seguía por el más largo, que era el que conocía. El día estaba espléndido, y Caperucita se entretuvo en coger flores para obsequiar con un ramo a su abuela, y en correr detrás de las mariposas.

El lobo llegó en un periquete a casa de la abuela, y llamó a la puerta: ¡Tan, tan!

— ¿Quién es? — contestó la abuela.

— Soy yo, Caperucita — contestó el lobo disfrazando la

voz —, que te traigo unas tortas y una orcita de manteca de parte de mamá.

La pobre abuelita, que estaba acostada porque, en efecto, su salud no era buena, dijo, levantando la voz:

— Pues tira del cordelito y levanta el picaporte.

Así lo hizo el lobo, y abrió la puerta. Después se precipitó sobre la anciana y la devoró en menos que se cuenta.

Buscó en la cómoda ropa que ponerse, y luego de calarse las gafas de la abuela, que estaban en la mesa de noche, se metió en la cama, no sin antes correr las cortinas de la ventana para que hubiese poca luz.

Casi no había acabado de hacerlo, cuando llamaron a la puerta.

— ¿Quién es? — contestaron.

Caperucita, al oír el vozarrón del Lobo, tuvo miedo al pronto, pero en seguida se tranquilizó, pensando que su abuela estaría constipada, y respondió:



— Soy tu nieta, Caperucita Roja, que te trae unas tortas y una orcita de manteca de parte de mamá.

El Lobo, dulcificando cuanto pudo la voz, replicó:

— Tira del cordelito y levanta el picaporte.

La niña abrió la puerta y entró corriendo para abrazar en seguida a su abuelita, pero oyó que ésta le decía:

— Pon las tortas y la orcita de manteca encima del arca, y ven a acostarte.

Caperucita extrañó la orden, pero, siempre obediente, se dispuso a cumplir sin replicar.

Cuando ya iba a subir a la cama, la niña, muy admirada al ver la facha de la abuela, exclamó:

— ¡Abuelita, qué orejas tan grandes tienes!

— Son para oírte mejor, hija mía.

En efecto, al Lobo se le salían las orejas de la cofia, no muy bien encajada. Detrás de las gafas, sus ojos relucían de ansia. La niña, al notararlo, dijo:



— ¡Abuelita, qué ojos tan grandes tienes!

— ¡Son para verte mejor, hija mía!

Se aproximó Caperucita aún más a la cama. para que su abuelita la viese, y compadre Lobo le echó las manazas al cuello.

— ¡Abuelita, qué brazos tan largos tienes!

— Son para abrazarte mejor.

Al decir esto, estaba tan cerca de Caperucita la cabezota del animal, que aquélla vió brillar en la boca del Lobo las dos terribles filas de dientes blancos y agudos como alfileres, y ya muy asustada, gimió más que dijo:

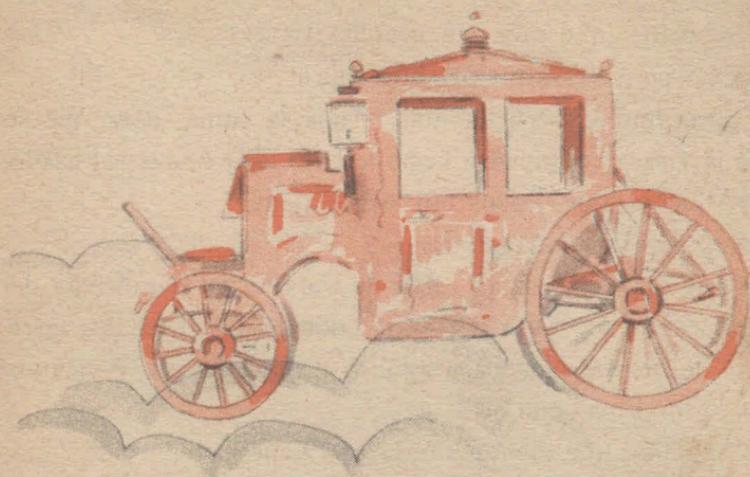
— ¡Abuelita, qué dientes tan largos tienes!

— Son para comerte mejor.

Y así diciendo, el pérfido Lobo se engulló a Caperucita de un sólo bocado, entera. Tal era el hambre que tenía.

Suele ser arriesgado entretenerse en dar oídos a personas a quienes no se conoce bien. No es preciso que esas personas denoten por sí mismas su condición, como el lobo. Las hay astutas y falsas, pero de perversas intenciones, y acaso éstas sean las más peligrosas. Escarmentad con el ejemplo de Caperucita.





LA CENICIENTA





... pero el asombro creció de punto cuando Cenicienta sacó el otro zapato y se lo puso en el otro pie...



LA CENICIENTA



UN caballero contrajo segundas nupcias con una mujer de genio despótico y sumamente orgullosa. Ésta tenía, de su primer matrimonio, dos hijas que se le parecían en todo y, por tanto, en el carácter autoritario y dominante. El marido, por su parte, tenía de su primera mujer una hija buenisima, de carácter dulce y apacible. Era tan



vivo el contraste entre las maneras suaves y cariñosas de aquella niña y los modos secos y ásperos de sus hermanastras, que éstas resultaban aún más aborrecibles. La madrastra no la podía ver, y mientras todo era regalo y mimo para sus hijas, a la otra la encomendó los quehaceres más humildes: fregar, barrer y limpiar. Dormía en el granero sobre un mal jergón, y siempre iba muy pobremente vestida. La infeliz lo llevaba todo con paciencia, sin quejarse ni siquiera a su padre, por no disgustarle. Cuando terminaba sus quehaceres, se sentaba en la cocina al lado de la ceniza, y, por eso, todos la llamaban la puerca Cenicienta.

El hijo del rey dió un baile en palacio, y nuestras señoritas se contaron entre las invitadas. Estaban contentísimas y muy atareadas eligiendo los trajes que habían de ponerse, y los peinados con que habían de adornarse, lo cual significaba una nueva carga para la Cenicienta, porque sobre ella recaería la tarea de preparar todo lo necesario.

— Yo — decía la mayor — me pondré un vestido de terciopelo rojo y mis encajes de Inglaterra.

Pues yo — replicaba la pequeña — no llevaré un vestido tan bueno; pero, en cambio, me adornaré con mi manto de flores bordadas en oro y mi broche de brillantes, que es de los mejores de la ciudad.

Como ambas conocían el buen gusto de la Cenicienta, la llamaron para pedirle su opinión. Las dió muy atinados consejos, y hasta se ofreció a peinarlas, cosa que ellas aceptaron de buen grado.

Mientras las peinaba, le decían:

— Cenicienta, ¿te gustaría ir al baile?

— ¡Oh!, eso no es para mí.

— Tienes razón; poquito que se reirían todos si viesen allí a una puerca cenicienta.

Si ella hubiera sido otra, habría pagado sus desprecios pei-



E.

nándolas de cualquier manera; pero Cenicienta, por dicha suya, no conocía el placer mezquino de la venganza, y se esmeró en ataviarlas lo mejor que pudo y supo. ¡Era tan buena!

Por fin llegó el día feliz de la fiesta, y cuando las dos hermanas se marcharon, Cenicienta, entristecida, se refugió en su rin-



cón de la cocina y se echó a llorar con inmenso desconsuelo.

— ¿Por qué lloras, hija mía?

Esta pregunta se la hacía a Cenicienta su madrina, que era hada, y llegaba en aquel momento a visitarla. Viendo que sus lágrimas no la dejaban contestar, añadió:

— Querías ir al baile, ¿verdad?

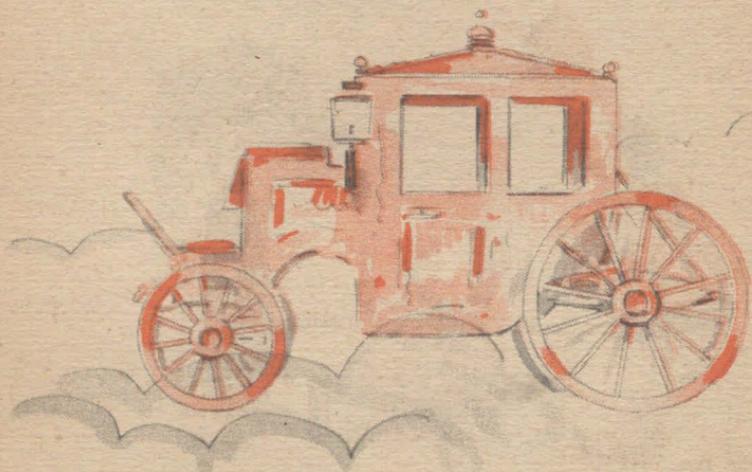
— ¡Ay, sí! — respondió Cenicienta suspirando.

— No te aflijas, querida niña. ¿Me prometes que has de ser buena? Pues yo haré que vayas. Mira, ve al jardín y tráeme una calabaza.

Cenicienta obedeció y cogió la más hermosa que pudo encontrar. Su madrina la vació hasta dejar únicamente la cáscara;

la tocó con su varita de virtudes y se convirtió en seguida en una preciosa carroza dorada.

Luego fué a mirar a la ratonera, en la que halló seis ratoncillos vivos. Mandó a Cenicienta que levantase un poco la trampa, y cada vez que salía un ratón, le daba un golpecito con su varita



de virtudes, y el ratón se transformaba inmediatamente en un magnífico caballo. Pronto quedó enganchado a la carroza un soberbio tiro de seis preciosos caballos tordos.

— Nos falta el cochero — dijo Cenicienta.

— Ve a ver si hay alguna rata en la ratonera grande — replicó el hada.

Cenicienta le llevó la ratonera con tres ratas muy grandes. El hada eligió una que tenía enormes bigotes, y tocándola con su vara la convirtió en un robusto cochero de poblados mostachos. Después la dijo:

— En el jardín debe de haber seis lagartos verdes detrás de la regadera; tráemelos.



... la madrina la tocó con la varita y las humildes ropas se transformaron en un lujoso y elegante vestido de oro, plata y pedrería...

Cenicienta los trajo, e inmediatamente quedaron convertidos en otros tantos lacayos de galoneado uniforme, que se subieron a la trasera de la carroza.

— Vaya, ¿estás contenta? — dijo a Cenicienta su madrina —. Ya puedes ir al baile.

— ¿Con este vestido? — contestó la niña.

La madrina la tocó con la varita, y las humildes ropas se transformaron en un lujoso y elegante vestido de oro, plata y pedrería; luego le calzó unos lindísimos zapatitos de cristal que eran una monada. Cenicienta subió a la carroza, pero antes de partir, su madrina la recomendó mucho que se retirase del baile antes de las doce. Pasada esa hora, cesa el encanto de todos estos objetos, y la carroza vuelve a ser calabaza, los lacayos lagartos, y así lo demás. Las ropas lujosas que ahora vistes, serían las pobres de antes.

El hijo del rey, a quien avisaron que acababa de llegar una ilustre princesa desconocida, salió a recibirla. Fué tal la sensación que causó su espléndida belleza y su insuperable elegancia, que las conversaciones cesaron como por encanto y se hizo objeto de la atención general. El príncipe, entusiasmado, estuvo obsequiosísimo con ella, prodigándola mil delicadas atenciones. Cenicienta bailó con tanta gracia, que se captó la admiración y las simpatías de todos.

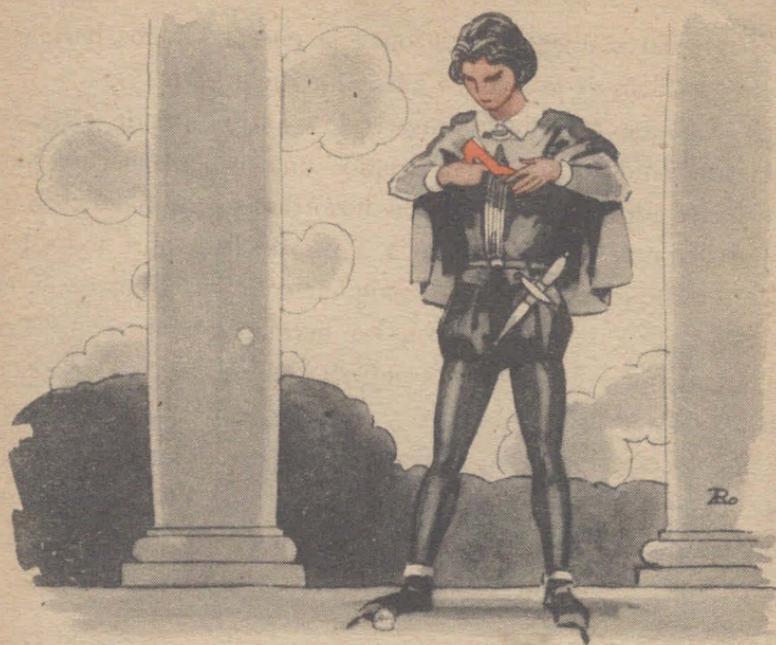
En el comedor se sentó al lado de sus hermanas, a las que colmó de agasajos. Estaba hablando con ellas, cuando oyó sonar las once y tres cuartos. Hizo una profunda reverencia a todos con singular distinción y elegancia, y salió apresuradamente. Llegada a su casa, dió las gracias a su madrina y la rogó que la permitiera ir también al día siguiente, porque el príncipe se lo había suplicado.

En aquel momento llamaron a la puerta las dos hermanas, que regresaban de la fiesta. Cenicienta fué a abrir.

—Lo que te hubieras divertido— dijo una de ellas— si hubieses venido al baile. Ha asistido una princesa hermosísima, que ha estado muy amable con nosotras, y nos ha dispensado mil atenciones. Nadie la conocía, y el príncipe, sobre todo, tenía tal interés, que hubiera dado cualquier cosa por saber quién era.

Al día siguiente volvieron las hermanas al baile, y Cenicienta también. El éxito que obtuvo fué aún mayor que el del día anterior. Pero se distrajo y oyó dar la primera campanada de las doce, creyendo que eran las once. Al advertirlo, huyó con la celeridad de una cierva, y aunque el príncipe corrió tras de ella, no la pudo alcanzar. Sólo consiguió recoger uno de





los zapatos de cristal que se le cayó a Cenicienta en su huída.

A los dos días el hijo del rey hizo publicar, al son de las trompas, el hallazgo del zapatito y su propósito de casarse con quien demostrase ser su dueña y le presentase el zapato compañero del encontrado.

Todas las jóvenes se probaron el zapatito, pero ninguna podía ponérsele. Le llevaron a casa de las hermanas, que tampoco lograron, a pesar de sus esfuerzos, que sus pies entraran en él. Cenicienta, riendo, dijo que la dejaran probar a ella.

Sus hermanas quisieron burlarse de ella, pero el funcionario de palacio, que la encontró muy linda, dijo que tenía orden de darle a probar a todas las muchachas solteras. Cuando acercó el zapatito a su piecico, vieron con sorpresa que le entraba sin

esfuerzo y que parecía hecho a su medida. Pero el asombro creció de punto cuando Cenicienta sacó el otro zapato y se le puso en el otro pie. Llegó en aquel momento su madrina, y tocándola con su varita, la vistió todavía de modo más suntuoso que los días anteriores.

Entonces las dos hermanas la reconocieron y se arrojaron a sus pies pidiéndole perdón. Cenicienta las levantó, las besó y las dijo que las perdonaba, encargándolas que la quisiesen siempre mucho. Tal como estaba vestida la presentaron al príncipe, que la encontró más hermosa que nunca, y a los pocos días se casó con ella. Cenicienta llevó a sus hermanas a palacio, y poco tiempo después de su boda las casó con dos caballeros de la corte.

FIN

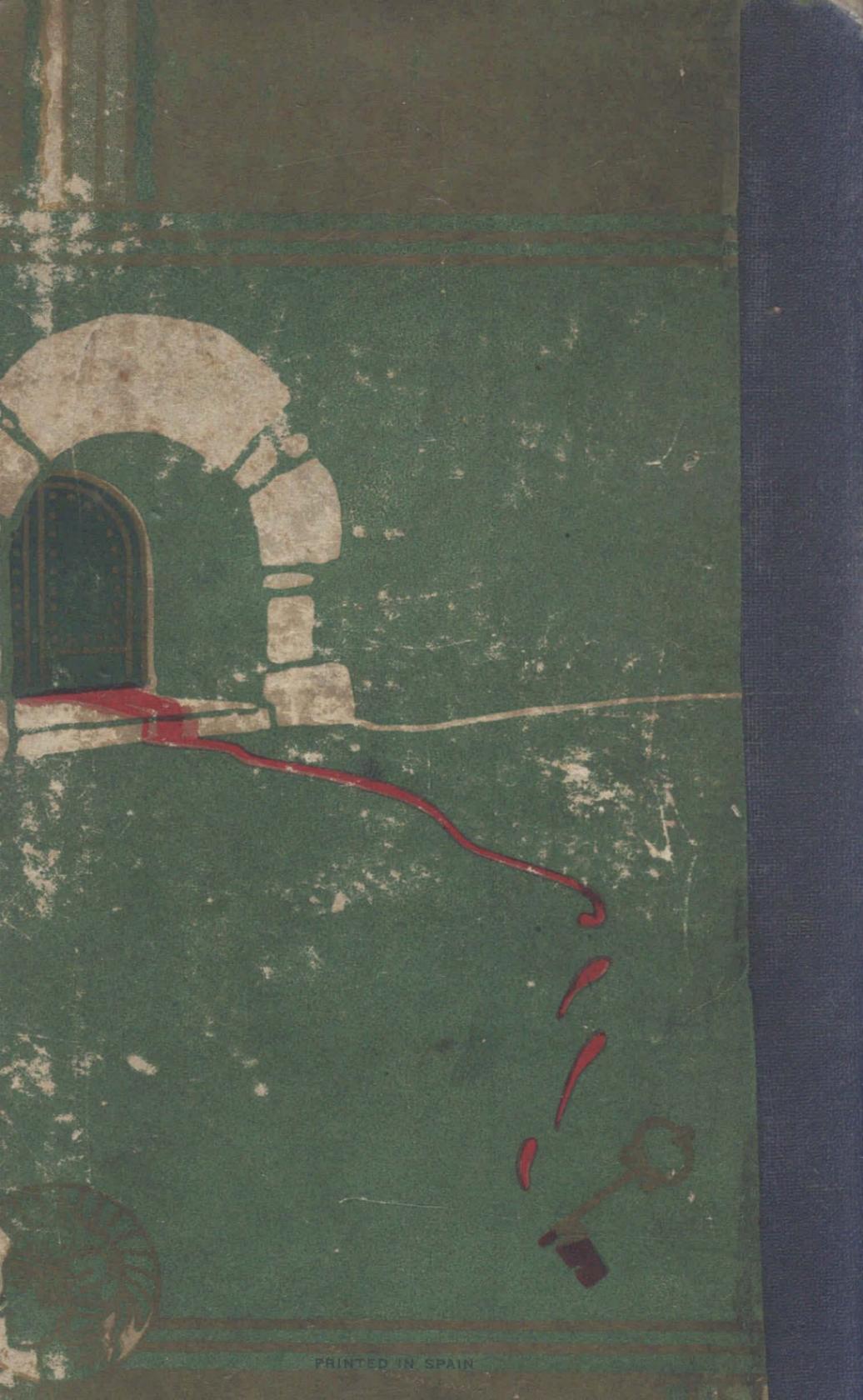


BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

I N D I C E

	<u>Páginas.</u>
* <i>Grisélida</i>	11
— <i>Piel de asno</i>	45
— <i>La princesa prudente</i>	67
— <i>Los deseos ridículos</i>	89
— <i>Barba Azul</i>	97
— <i>Las hadas</i>	111
— <i>Pulgarcito</i>	121
— <i>El gato con botas</i>	133
— <i>Riquet el del hopo</i>	141
— <i>La hermosa del bosque encantado</i>	155
— <i>Caperucita roja</i>	169
— <i>La Cenicienta</i>	177





PRINTED IN SPAIN